

Cualquier cosa, menos quietos

# UNIVERSO CENTRO

Número 64 - Abril de 2015 - Distribución gratuita - [www.universocentro.com](http://www.universocentro.com)



4

Puntos calientes

8

Moravia social tour

12

Lapidario

16

Infarto

18

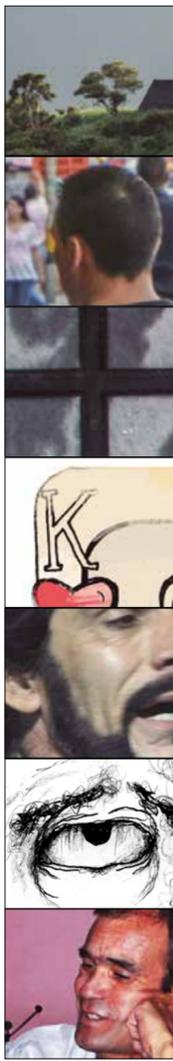
¡Miren al Che!

22

Cinco segundos

24

A un año de la muerte de mi amigo el cantinero



UNIVERSO CENTRO

Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDITOR

— Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora

— Guillermo Cardona

— Alfonso Buitrago

— David E. Guzmán

— Andrés Delgado

— Anamaría Bedoya

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

— Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

— Gloria Estrada

ASISTENTE

— Sandra Barrientos

Es una publicación de la Corporación Universo Centro

Número 64 - Abril 2015

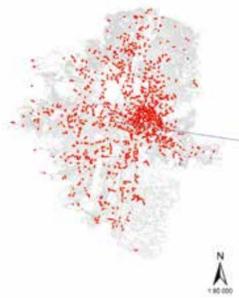
20.000 ejemplares

Impreso en La Patria

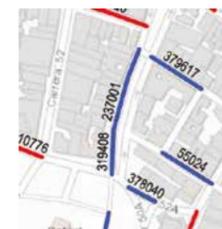
universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



Notitia criminis



En el número anterior prometimos una visita y un reporte de algunos sitios de la ciudad, “segmentos de vía”, los llaman los expertos, que concentran buena parte de los crímenes cometidos durante los últimos tres años. El presidente Santos, el alcalde Gaviria y el exalcalde de Nueva York y súper héroe de la seguridad ciudadana, Rudolph Giuliani, lanzaron hace unos días un plan policial que impone patrullajes y atención reforzada sobre cerca de la mitad de los “Puntos calientes” identificados en Medellín. Se eligieron 425 de las 955 cuadras más azarosas de la ciudad. El 33% de los delitos se cometen en el 2,6% del territorio. Hablamos de homicidios, lesiones personales, hurto a personas, hurto de vehículos y tráfico de estupefacientes. La idea es que la ronda de los policías pase de 30 minutos a 105 minutos de patrullaje/día. Los policías deberán pasar al menos 7 veces diarias por los 425 puntos de intervención.

Aquí va un vistazo de algunos de esos sitios, para que no todo sea la visión cuantitativa y los cuadros que listan delitos, capturados, patrullajes y segmentos de vía. También nosotros hicimos de “ronderos” para entregar una mirada cualitativa, para describir el ambiente de algunos de esos puntos calientes, hacer una composición de lugar y un poco de etnografía entre los gatos de esquina, los jíbaros de caspete y los detectives informales. Elegimos cuatro puntos del Centro, cerca de la Plaza Botero, el Parque Bolívar, el Parque San Antonio y el Pasaje Carabobo. En algunos casos resultó que el punto caliente solo entrega las cenizas que dejan los incendios de puntos cercanos de verdad candentes y oscuros. En unos hubo acción y gritos y en otros los chismes de diario que sueltan los vendedores ambulantes. En todos aparecieron la policía y la certeza de que muchas veces las ciudades crean ecosistemas delictivos que es imposible combatir con patrullajes. En algunas partes los reporteros fueron mirados con amabilidad y condescendencia, en otras fueron reseñados desde su llegada.

La mitad de los homicidios en Medellín se concentran en 359 segmentos de vía o puntos calientes. Eso es un poco menos del 1% de las 37.055 cuadras en las que se dividió la ciudad para el estudio, que comenzó en los escritorios universitarios y terminó en los mapas de los patrulleros en moto. La mitad de los robos a personas, denunciados entre 2012 y 2014, 7.825 en los últimos tres años, manchan apenas el 1,11% de las calles. De modo que las aplicaciones y sus mapas pronto tendrán una pequeña alarma que en voz neutra y gangosa dirá: “Ingreso a zona con riesgos para la propiedad y la vida”, o “ingreso a zona con oferta de sustancias alucinógenas”. En Universo Centro seguiremos dando reporte de los puntos elegidos para esta primera entrega y otros que muestren sus atractivos. Cuando la alarma diga no entre, nosotros iremos por historias del día a día, sin los aspavientos de los cronistas rojos pero con la curiosidad por los cruces a oscuras y los alborotos a pleno sol. Veremos si la creciente presencia de la policía obliga a dinámicas distintas a las microempresas de raperos y extorsionistas, si cambia los modales de los jíbaros o desplaza a las galladas de gatos con tenis nuevos.

Los puntos elegidos ofrecen ahorro en los viáticos: se come y se bebe barato. ☺



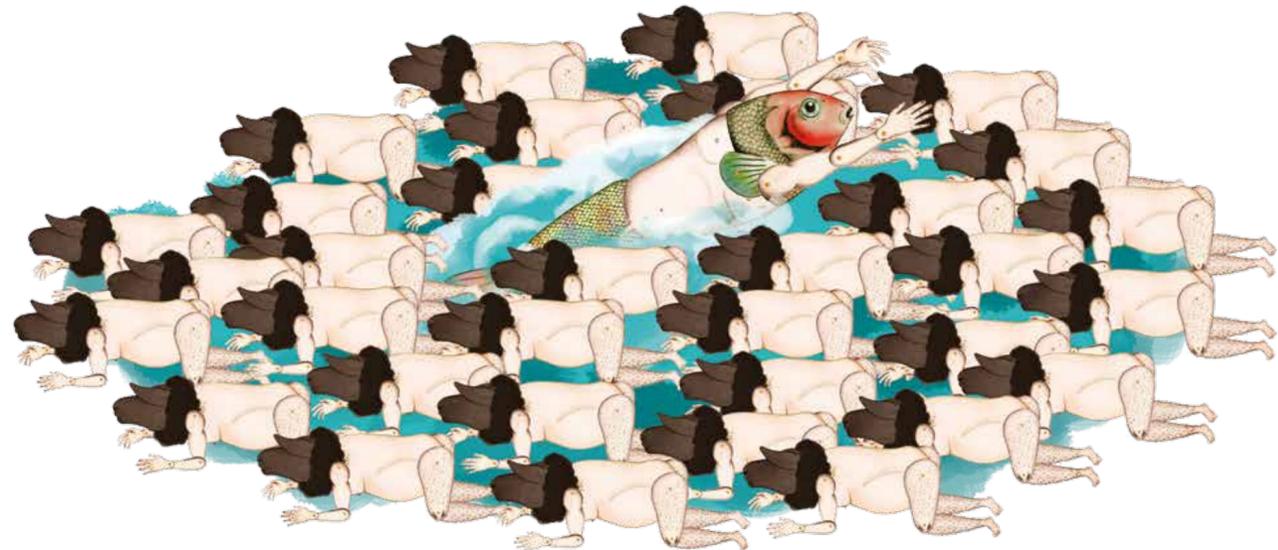
UC64, dos portadas, una edición de colección



Oveja negra

por ALEJANDRO MÚNERA

Ilustración: Titania Mejía



Después de mucho tiempo le comenzó a irritar que sus coterráneos se creyeran mejores que los demás colombianos. En Gregorio fue germinando un ansia corrosiva por “abrirse del parche”, montarse en el viento y llegar donde nadie lo estaba esperando ni lo conocía, escapar de la fuerza de atracción de estas montañas y ver al sol esconderse cuando llega la hora y no cuando creemos que se ha escondido.

Tenía razones suficientes para que este pensamiento se sirviera como plato principal, a desayuno, almuerzo y cena en el comedor de la casucha que era su interior. Lo masticaba lenta e impacientemente, veinticinco veces por bocado como recomiendan los nutricionistas y a pesar de todo se lo tragaba entero, lo digería y hasta le hacía siesta, pero al despertar lo regurgitaba. Sufría bulimia de sensaciones, esa gana desmesurada de sentir que difícilmente se satisface.

Le decían que de niño era una plaga que con el correr de los años se fue convirtiendo en peste. Sus padres, ambos abogados reconocidos, se divorciaron cuando él estaba en su adolescencia, resueltos a dejar atrás todos los inconvenientes, todos los dolores de cabeza e infelicidades que se estaban ocasionando. No pensaron nunca que su hijo se divorciaría, sobremanera, del futuro que algún día imaginaron para él, ni que quedarían en los peores términos.

Desde la época del colegio católico en el que lo matricularon, Gregorio determinó que su futuro no pasaría por una carrera que lo arrastrara hasta oficinas, horarios grabados en piedra y jefes pretenciosos. Pronto se decantó por estudiar biología y asistía entusiasta a todas las clases de aquel primer semestre. Rápidamente se apasionó por la botánica. Poseía un talento especial para recordar los nombres de las familias vegetales, por ejemplo las familias *Myrtaceae*, *Sterculiaceae* y *Magnoliaceae*, las relacionaba con los nombres de sus vecinas doña Mirta, Ester Julia y Magnolia, y así interiorizaba la información.

Las ganas de aprender le rebasaban y la universidad desplegabá ante él todas las posibilidades de éxito y de fracaso. “El aeropuerto” de la Universidad de Antioquia lo atrajo con tal fuerza que, a pesar de haber abandonado sus pistas, dejó allí gran parte de su energía, tiempo e ideales. Todos malogrados si no malversados. Se trató de un proceso escalonado, no se sabe si hacía arriba cuando dio rienda suelta a su insaciable apetito de sensaciones y aumentó la potencia y diversidad de las drogas que consumía, o si por el contrario hacia abajo cuando no había más fondo dónde terminar.

Como la mayoría de los jóvenes que hacen parte de las encuestas sobre drogadicción, Gregorio empezó fumando cigarrillo, ya fuera por curiosidad, por sentirse adulto o simplemente porque en su código genético había cierta predisposición para probar todo aquello que ofrece el mundo material. Era materialista y no lo podía ocultar, aunque por su gusto punkero no le sonara bien esa palabra y tratara siempre de explicar que él creía en cosas superiores que no podía entender ni se complicaba en intentar. Para acompañar el cigarrillo, una, dos o tres cervezas... ¡por favor!

Luego de varias rondas se animó a probar la marihuana. ¡Qué vuelos! Todos los compañeros respirando el mismo humo, riendo a carcajadas, flotando en pensamientos fútiles y hasta filosofando, abriendo los ojos, concientizándose, sensibilizándose.

—Hey pana, ¿quiere Rivotril?  
—Qué chimba, dame una —y se la tragó con una cerveza.  
—Ojo pana, que esa rueda con alcohol borra casete.  
—¿Cuál rueda? si no me has dado nada.  
—Tome otra pues.

Y así se fue yendo Gregorio en aquellas ruedas que lo llevaban cuesta abajo. Ya no recordaba cuántas se tomaba en una noche ni por qué lo hacía. Gregorio se llegó a sentir muy “pepo” montado en ese relajó tan hijueputa que no lo dejaba avanzar, ya todo le importaba un culo. Entonces decidió que las únicas ruedas en las que quería se-

guir montado eran las de su *skateboard*. Pero como a todo bulímico de sensaciones nada lo saciaba, se enganchó a la cocaína y se encerró en el sótano de la casucha que era su interior, bajó las persianas, puso tranca a la puerta y dejó que el polvo lo cubriera todo.

Desde pequeño, Gregorio era un *bad-boy* y ahora con la cocaína disuelta en su personalidad antisocial, carácter irascible, intolerante en cierto grado y su temperamento enérgico, contestatario, era fácil augurar algunos sucesos en los cuales dejaría plasmado su sello inconfundible.

En una ocasión mientras se encontraba practicando *skateboard* en el parque de su natal Carmen de Viboral, la tierra de sus amores, pasó a su lado un combo de idiotas coterráneos suyos, el polo a tierra de sus odios. Eran realmente idiotas pues uno de ellos se atrevió a interrumpir adrede su pie en el recorrido de la tabla y los demás no se molestaron en advertirle las posibles consecuencias de su acto, aun conociendo la fama de peleador sin escrúpulos de Gregorio. Como sucede en estos casos, la tabla se detuvo de un sacudón, Gregorio siguió con la velocidad que llevaba y rodó un par de metros, y habría rodado un poco más si sus rodillas y sus codos no hubiesen frenado con ímpetu su violenta acrobacia. Mientras el combo continuaba caminando, celebrando su hazaña, imaginando que Gregorio no se atrevería a poner problema a tres zutanos y una mengana, no repararon en la expresión que se fundió en su cara. Fue una expresión de locura rebotante, de venganza incontenible. Se levantó, dejó que continuaran su camino y no se preocupó en revisar los raspones que le habían ocasionado. Su orgullo ardía más que las heridas de sus brazos. Cogió la tabla y emprendió una intrépida y sigilosa persecución, aunque no necesitó de mucha pericia ya que sus enemigos habían olvidado cuidar su retaguardia, confiados en la ventaja numérica.

Cuando los tuvo a pocos metros, sin que ellos imaginaran siquiera lo que estaba ocurriendo, Gregorio ya había descargado un tablazo, más bien un “truckazo”, en la frente del que le había hecho caer. El sujeto se dobló y cuando los otros dos intentaron hacer algo, Gregorio los mantuvo a raya con su tabla y le zampó otro truckazo a su verdugo. El hombre se desvaneció. Y mientras Gregorio se batía como un gladiador contra dos heridos e indignados leones, la mengana graznaba y decía “déjenlo, déjenlo, que Gregorio lo mata, lo mata”.

De Gregorio no se sabe mucho por estos días, dicen que se fue para el Amazonas. Lo mejor era apartarse de la candela por un tiempo. No era la primera vez que visitaba la Amazonia, la llanura de su selva, el anochecer a su tiempo. En una de las tantas salidas de campo conoció a un joven chamán que predijo volverlo a ver. Regresó buscando su esencia olvidada y respuestas a complejos interrogantes que no llegaron a revelarse. Lo acogieron sin dudar, sin preguntar quién era o qué había hecho ni por qué estaba allí. No fue necesario. Su rostro se sinceró con ellos. La comunidad le permitió compartir su intimidad, costumbres, historias vividas y heredadas. A través de él vieron a la ciudad y sus excesos. Gregorio aprendió más de etnobotánica que lo visto en sus clases en la universidad, y no fue una mera transacción de conocimiento. Le presentaron el ambil y el mambe. Tabaco fuerte, coca dulce. El macho y la hembra. El padre y la madre. Al meditar mambearo sintió un incendio que arrasó con su interior, enmarañado de recuerdos y deseos, atiborrado de maleza, sumergido en niebla de nostalgia por los días perdidos, inundado por el sonido de conjeturas falsas que cantaban al unísono como las cigarras del bosque. Fue abrazado por las llamas hasta quedar reducido a cenizas. Se descomposó rápidamente.

Nadie sospechó que Gregorio se nutriría de sus despojos. Que su vegetación interior reverdecería para hacer parte de nuevas hojas, tallos y frutos. Sintió ser un nuevo brote que nace a cada instante, un nuevo árbol que se alza imparale, una nueva enredadera que crece interminable. ☺

## PUNTOS CALIENTES

Fotografías: Juan Fernando Ospina

## TRES VUELTAS BREVES



por PAULA CAMILA O. LEMA

1. **V**iernes, pasadas las siete de la noche, carrera 47 (Sucre) con calle 54 (Caracas). A una cuadra de distancia está el punto caliente en forma de herradura —carreras 47 y 48, calle 56 entre esas dos—, junto al Parque Bolívar, ese gran punto ardiente en el mapa de la ciudad. A esta hora Sucre todavía está llena de caminantes de toda ralea, de carros, ruido y humo.

Para comprar cigarrillos en la esquina. Dos tombo en una moto se meten en contravía, invaden la acera y se detienen en la puerta del negocio de al lado, un restaurante vegetariano. El parrillero se baja, se dirige a cinco chicas pálidas, temblorosas, uniformadas y con gorrito. “Nos acaban de robar”, dice una morena, con el labio un poco curvado en un puchero. Eran dos, uno pidió el baño prestado, el otro las encañonó. El segundo tenía una camisa de cuadrillos, dice la morena. No escucho cómo describe al otro, ya guardé los cigarrillos, ya voy subiendo por Caracas, tengo una fiesta, esto no es noticia. Vivir por acá me ha enseñado a seguir de largo.

2. **M**artes, como a las tres de la mañana. A esta hora no hay carros ni gente, apenas unas cuantas luces encendidas en las ventanas de la veintena de edificios que diviso desde el balcón, al que me asomo de vez en cuando para atisbar esa herradura que resultó tan peligrosa. Procuero hacer recuento de todos los incidentes que he presenciado desde el balcón, los gritos de “cójnlo”, “¡ladróni!”, “hijueputapiribotevovoyamatar” y demás agites que solo levantan de la cama a los recién llegados al vecindario. Concluyo que esas cuadras no son más peligrosas que las que las circundan.

Cuando la noche me agarra despierta figoneo los tropes, pero nunca me involucro porque los gatos y las Convivir y los vigilantes privados y los callejosos no

se percatan de que los miro desde arriba, y es mejor así. Vivir por acá me ha enseñado a mirar en silencio.

Esta vez también me asomo, aunque los gritos se escuchan lejanos, amortiguados. El salón de ajedrez que hay entre las calles 55 (Perú) y 56 (Bolivia) todavía está abierto. Al lado, cuatro tipos golpean a otro que está tirado en el suelo, mientras en la calle otros cinco observan y dicen cosas como “quién lo manda a robar”. En la calle hay tres taxis mal parqueados. El tipo en el suelo gimotea, dice “no me mate, padre, no me mate”. Es tan larga esa escena repetida tantas veces, tantas veces vista, que vuelvo a entrar y me dedico a otras cosas. Pero el agite sigue, distrayéndome, y cuando asomo de nuevo ya está en la esquina y han llegado más taxistas con ánimo justiciero.

Los vecinos del piso de arriba, que llevan un par de años en el edificio, también presencian la pela. Una vez, hace dos años, en el poste de esa misma esquina, un pelao asesinó a un brujo muy famoso que salía en papillitos de esos que reparten incansablemente por todas las calles del Centro. El muchacho de arriba vio todo, los disparos directos a la cabeza, el intento por hacer que pareciera un robo, el ademán de sacar su propio fierro que hizo el parapsicólogo, los gritos de la hija que lo acompañaba, al pelao cuando salió caminando tranquilo por Sucre. Gritó “asesino, cójnlo, cójnlo”, y al sicario lo cogieron en la Avenida Oriental y lo condenaron, un año después, a veinticinco años de cárcel.

Esta vez el vecino no grita. En la esquina, el apaleado aprovecha para correr mientras los tipos le cuentan al vigilante, el mismo que espanta callejosos de las aceras a punta de hijueputazos, que lo cogieron robando quién sabe qué. Corre media cuadra, y ahí, enfrente del balcón, uno de los taxistas lo agarra por la camisa, lo estrella contra el pavimento, le da patadas en la cara, y otros dos se aceran, y le dan más patadas, en la cara, en el cuello, en el pecho.

El señor de arriba, padre del muchacho que acusó al sicario, les dice con tono conciliador que ya está bien, que por qué mejor no llaman a la policía. Y en una de tantas patadas, ya con el corazón estrujado, oigo salir un grito de mi propia boca, “ey, ey, no lo casquen más”, con el volumen de esos gritos que brotan de la última entraña sin pedir permiso. Y se abren varias ventanas y varias cabezas se asoman, y durante un momento que parece muy largo todo se detiene, las patadas, el vocerío. Y la turba justiciera se dispersa mientras yo me oculto en la oscuridad del cuarto y pienso que mañana voy a tener miedo por haber roto el silencio obligado del *voyeur*.

3. **M**iércoles, nueve de la noche, atrio de la Catedral Metropolitana. P. y yo tomamos pola mientras pistiamos el cuadrante. Por primera vez en mucho tiempo puedo ver la fuente prendida, con luces y todo. Por Bolivia cada tanto baja un gato. Por el parque rondan parejas de gatos. En el costado occidental del Parque Bolívar, un combo de gatos fuma y conversa. Dan risa, los gatos. A esta hora, mientras caminan por aquí en parejas, es casi como si tuvieran en la frente un letrero que dijera “gato”, visible, sobre todo, para habitantes y caminantes del Centro, para lisos y vecinos del parque que a fuerza de balconiar y de andar por aquí a horas inusuales se han vuelto lisos. A mí nunca me han robado, pero los he visto actuar desde el balcón. Ahora no se acercan porque no ven azare y lo que atrae al gato es el azare. No azaran, soy vecina, todavía es temprano. Tombo en moto atraviesan el parque, una veintena de niños y adolescentes provenientes de Huila, vestidos con camisetas de la selección Colombiana, pasan hablando duro y preguntan cómo llegar a las gordas de Botero.

No pasa nada en un buen rato. Mejor nos vamos. Nos estamos yendo cuando avistamos el agite. Un “cójnlo”, un tombo en una moto que baja por Bolivia y atraviesa el parque, una peladita muy flaca y chiquita y con pasamontañas que trota detrás de la moto, otro tombo que corre por el costado occidental del parque hasta la esquina de Bolivia y da la vuelta. A unos metros, los dos agentes y un tercero rastrillan a un callejoso contra el suelo mientras lo esposan. Callejoso, no gato, y eso me parece curioso porque siempre he dicho que el callejoso no azara y el gato no es fan del mugre. Vivir por acá me ha hecho creer que conozco el Centro.

El callejoso se deja llevar sin brega hasta el CAI que queda en la esquina suroccidental del parque, y dice que iba a recoger unos baretos, o algo así. Detrás de ellos va la flaca, cogida de la mano de la novia, de su misma estatura pero rellenita, con quien estaba cuando el man le salió al paso con un chuzo en la mano en la Oriental con Bolivia, que no aparece señalada en el mapa caliente. La flaca se ha hecho amiga de uno de los tombo, y conversa con él un rato al lado del CAI. “Te alcanzó a robar”, preguntamos. “No, yo qué me iba a dejar robar”, dice, y hasta diciendo eso parece de doce años.

A mí nunca me habría intentado robar un callejoso, digo mientras subimos por Caracas en busca de fiesta. Detrás de nosotros alguien habla, dice qué miedo, que por acá a esta hora no hay sino ladrones, que pa andar por acá a esta hora toca ir entrapado, aunque no con esas palabras porque es un señor algo mustio pero por lo que se ve muy decente. A mí no me da miedo andar por acá a ninguna hora. Vivir por acá me ha vuelto gata. Y para un gato cualquier punto y ninguno es caliente. ☘

## EN BUSCA DE SANGRE

por DAVID E. GUZMÁN

**T**irado en el piso sobre un charco de sangre. Descosido a bala por andar preguntando pen dejadas en territorio controlado. “No me dejen morir, soy inocente”, decía y agonizaba. Con estas imágenes jugueteaba mi mente después de que me asignaran la inspección de uno de los puntos calientes del Centro: la carrera 51, Bolívar, entre la avenida de Greiff y la calle Juanambú, a dos cuadras de otra zona más ardiente todavía, la carrera 53, donde más gente mataron en Medellín en 2012 y 2013. En el último año y medio las cosas no han cambiado mucho: la ley del cuchillo, el plomo y la papeleta mantiene su status amenazante. Pero como dijimos en el editorial de UC63, “el que nada debe nada teme”.

Y aunque no debía nada, sí me inquietaba que mi actitud contemplativa fuera confundida con espionaje y los campaneros me vieran como informante de algún combo enemigo, o que me chuzaran naturalmente por robarme. Para no correr tantos riesgos decidí hacer mi exploración a través de visitas cortas y “espontáneas”, para comprar alguna chuchería, para comer algo, para averiguar un dato inofensivo; fueron pasos fugaces, a veces de ida y vuelta como cuando compré una crema humectante y regresé para que me la cambiaran porque supuestamente me la habían encargado de rápida absorción.

La primera visita fue suficiente para descubrir la característica más enérgica del punto: se puede vivir allí sin necesidad de salir de la cuadra, todas las necesidades básicas pueden ser resueltas incluyendo algunos lujos. Hay hoteles, tiendas, comidas, y se consigue desde un manojito de ruda o un motilado hasta un alicate viejo o unos *leggings*. La suculenta variedad de negocios y servicios a un lado, y las ventas callejeras al otro, hacen que todo el tiempo esté pasando el pueblo raso y silvestre, de todas las edades, hacia el trabajo, rumbo al encuentro, en vueltas. También se siente la presencia de ciertos personajes embalsados que van y vienen, o a

veces se quedan por ahí parados como si su única labor fuera atisbar.

El bullicio, los voceadores y el rugir de los buses lideran la banda sonora. El metro no es más que un puente por el que de vez en cuando pasa un vagón y produce un ruido menor. En esta primera incursión conté 204 pasos desde los pollos de La Sorpresa en la de Greiff hasta los toldos de pescado fresco de Juanambú. Eran las doce del día y hacía un bochorno feroz; solo se respiraba olor a pescado y las carretillas con frutas y verduras se atiborran en la esquinilla. Tilapia roja, bocachico, bagre. Tumulto. La escena era tan viva, con mercaderes voceando sus productos y el pueblo hambriento, y la mezcla de olores tan medieval y penetrante, que en algún momento tuve la sensación de que iba a saltar del piso un Jean Baptiste Grenouille criollo.

De regreso a La Sorpresa me llamó la atención una puerta curtida y estrecha de dos alas; estaba cerrada y sentada en el escalón había un tipo joven guardando en la billetera un papellito doblado. En la esquina, cuando le echaba otro vistazo a la puertrita, un tuso de cachucha y cadena gruesa de plata me miró a los ojos. No pude no pensar que era un lacayo de las Convivir, con sus bluyines a la moda de Chiroloco, camisas de manga corta y buenos tenis, como modelos de catálogo del Exito.

A los pocos días volví al sitio con una amiga. Entramos a un restaurante llamado Pollo Presa y nos tomamos una cerveza mirando la gente pasar. “A la orden, a la orden”, gritaba una vendedora de ropa. La carrera Bolívar era una feria, los transeúntes iban y venían y a veces se chocaban y seguían como hormigas.

Entrada la tarde me llamó la atención un tramo ensombrecido por las cubiertas de los puestos, unas lonas que están amarradas a las fachadas de los locales. Aunque a la vista se ve natural, quiero pensar que es algo calculado y diseñado para crear un pasadizo oculto que evade posibles cámaras de seguridad e impide la vista desde el andén del

frente, pues la retaguardia del túnel está reforzada por varios colectivos del Popular número 1, apiñados en la vía esperando su hora de salida.

De repente escuchamos los gritos de una mujer que imploraba piedad. Frente a la escena se agolparon los transeúntes para ver lo que pasaba. El cañón de un revólver apuntaba ahora a la frente de la mujer arrodillada. Un dedo apretó el gatillo y la pantalla se fue a negro. Era un fragmento de la película *Caracas*, de Jackson Gutiérrez, que valía dos mil pesos en uno de los puestos callejeros.

Eran dos tipos los encargados de la venta de películas; uno de ellos sacó de sus zapatos una bolsita, se recostó en una palmera seca, introdujo un pitillo miniatura y lo sacó untado de una sustancia que esnifó con fuerza. Su compañero hizo lo mismo mientras al lado el vendedor del puesto de ferretería leía el diario *Qhubo*. Minutos más tarde, al otro lado de la calle, cuatro policías esposaban a cuatro negros que tenían una venta persa de celulares, y otros dos agentes se dejaban guiar por un ciudadano que los aboró para denunciar que un viejo estaba “trabajando con plata falsa” en Juanambú.

Despedí a mi amiga y salí detrás de los policías. En un principio pensé que se trataba de un asunto de joyas, pero no era más que un billete falso de diez mil pesos que le habían metido al ciudadano. En Juanambú, siempre agitada, fingí interés por los pescados mientras la policía resolvía la situación. El olor esta vez era más fuerte porque ya tenía el acumulado rancio del día. Cuando abandonaba el lugar, mis ojos casi se desorbitan: me encontré de frente con Jean Baptiste. Era tal como me lo imaginaba: un pequeño gamín con el torso desnudo, la camisa alrededor del cuello a modo de bufanda, tres cicatrices curvas en el estómago como si lo hubieran herido con una espada árabe y gotas de piel maltrecha en el pecho como si se hubiera quemado con aceite. Varias veces debe haber sentido la fragancia de la muerte en su corta y desdichada vida.

Aún en la zona le pregunté a un frutero cómo estaba la seguridad. Sonrió y

dijo, “todo tranquilo, aquí a los ladrones les damos duro, los tenemos controlados”.

A los dos días volví por la noche y un vendedor de cigarrillos menudeados tenía su carrito frente a la puerta misteriosa. Nunca la había podido ver abierta y un impulso inconsciente me llevó a comprar unos chicles y preguntarle al tipo si sabía qué había detrás. El hombre me miró reprobando mi curiosidad y respondió con ironía y obviedad, “pues una casa”. “De vicio”, pensé yo no sé por qué y me imaginé que allí adentro podía haber personas paranoicas y agazapadas soplando en pipas pequeñas, respirando un aire pesado y dulzón, sometiendo a vejaciones por meter vicio. Entonces quizás esa puerta solo se abra durante el contorcio para que se renueve el personal, o para sacar, de pronto, algún organismo sobredosificado, en descomposición, que encargan a un carretillero para que lo abandone en la ribera sin que el mundo se entere.

Lo más llamativo aquella noche fueron las fachadas luminosas de los casinos: New York, Imperial, Royal, Internacional, London. La industria del juego de azar también hace parte del coctel que controlan las “oficinas” del Centro. Antes deirme quería ver si en la cuadra me ofrecían marihuana o perico, pero aunque todo el tiempo pareciera que hay alguien en alguna vuelta, la venta se configura en las siguientes cuadras hacia el norte.

En la visita final almorcé en Pollo Presa, a seis mil pesos un plato de arroz, ensalada, papas fritas y carne, acompañado con jugo de guayaba. La policía estaba haciendo requisas menores y pidiéndoles papeles a algunos gatos que pasaban. Dos hombres andrajosos dormían en la acera. Salí del restaurante con la mirada clavada al piso, quería encontrar algunas huellas de sangre seca pero fue imposible detectarlas.

El último homicidio que se recuerda por aquí fue a finales de enero de este año por un tema relacionado con una plaza de vicio. Dos cuadras abajo del punto un hombre apuñaló tres veces en costilla y espalda a una trabajadora sexual y huyó hacia la carrera Bolívar cuando dos policías salieron tras él. El hombre tiró el cuchillo segundos antes de ser capturado en Juanambú, frente a los toldos de pescado. Pero ese sujeto era muy distinto a nuestro Jean Baptiste, llevaba ropa digna, un abrigo amarrado a la cintura y un intimidante cuchillo de cacha blanca con tres estoperoles de metal, base gruesa y punta afilada. Sería el ejemplar más grande de un juego de seis cuchillos. En el primer trimestre de 2015, de las cuarenta capturas efectuadas en la ciudad por tentativas de homicidio y homicidio, al menos 29 fueron en flagrancia.

En la caminata de despedida, un descamisado de la calle se robó mis miradas. Venía comiéndose un pedazo de bizcocho con una mano y con la otra ayudaba a empujar un destartado Renault 9. Yo me quedé esperando a ver si de la enigmática puerta salía o entraba alguien, pero permaneció cerrada, hermética, como de alguna manera es esta cuadra, que a pesar del agite y el control, es como si su verdadera acción ocurriera en una dimensión impenetrable, o en el mejor de los casos, subterránea. ☘



# LOS BAJOS DEL PARQUE

por PASCUAL GAVIRIA

El Parque San Antonio ofrece una tranquilizadora sensación de amplitud. Parado en la mitad de su vasta explanada se obtiene la más grande porción de cielo que puede ofrecer el Centro de la ciudad. Además del resplandor de sus adoquines resalta una fila de palmeras despelucadas, vallenatos a buen volumen y una vista sobre la iglesia con la cúpula más grande de Medellín. Al occidente del parque está la carrera Junín, a la que en ese sector, entre Amador (calle 45) y Bomboná (calle 47), uno podría llamar “los bajos del parque”. Las escaleras que conducen hasta Junín fueron por años una catarata de orines. Los piperos de oficio y los cervecedores de ocasión siguen desfogando contra sus muros, pero la administración del parque ideó unas cunetas que llevan las aguas menores directo a un sumidero. Ciertamente el olor a amoniacado sigue siendo una de las características del lugar.

Los bajos del Parque San Antonio son sobretodo un gran paradero de buses. En toda la cuadra cargan y descargan los de El Poblado, algunos circulares, los que van hacia El Pinal y Llanadas, los que llevan al barrio Boston y a Manrique. Las señoras se bajan y se suben a los buses aferradas a su cartera, mirando a lado y lado, recelosas; aunque también vi a alguna desprevenida luciendo su collar dorado con una gran lágrima perlada en la mitad del pecho. Los hombres caminan con aire desafiante, dejando muy claro que están alertas y que el morral no se los rapa nadie.

Los policías patrullan por el parque y la calle o se paran en las esquinas de los alrededores, pero no caminan por los bajos propiamente dichos. En mis correrías a ese sector que parece decir todo el tiempo “qué se le ofrece”, “qué necesita”, “lo que coja por mill”, solo

una vez me topé con dos auxiliares bachilleres caminando, juniniando se podría decir. Parece que esas rondas están encargadas a los hombres de la empresa Galaxia, contratados por la administración del San Antonio. Van vestidos de negro y rojo y caminan en pareja, uno de ellos con el tábano en la mano, a la vista, listo para la descarga contra cosquilleros y escaperos. “Ese cojo que va adelante es muy bravo. Donde coja a una ‘rata’ de esas de por aquí y no llegue a la policía, lo recontramata”, me dice doña Gloria, señalando con la boca a un gordo con el logo de Galaxia en la espalda, mientras despacha en su chaza de confites, chucherías y llamadas. Cuando le pregunto por el último atraco que le tocó, piensa durante unos segundos y luego me dice que fue la semana pasada, “a una señora le robaron el celular ahí en un bus.”

Los venteros son la guardia pretoriana de los bajos. Sobre ese tramo de Junín no hay cámaras de seguridad y ellos son la única memoria de atracos, incidentes y garroteras. Un sábado por la tarde conté catorce a lo largo de la calle. Vendedores de chazas menores con chicles y cigarrillos; de carrito de mercado con mecato de paquete, minutos y gaseosa; de freidora de papas y platanitos; de ollas con maza-morra, claro y arroz con leche; y los caminantes de Vive 100 y de mani y chicharrines. Hablando con uno de los vendedores de los módulos asignados por espacio público, donde se venden bolsos, zapatos y bluyines, me enteré del tercer anillo de seguridad, los celadores que caminan cuando ya han pasado los policías y repasado los hombres de Galaxia: “Esos otros son seguridad privada también, por ahí medio reparten un talonario, la sede queda dizque por Cúcuta”, me dice el hombre

sentado frente a su almacén plegable. Y aclara que les paga cinco mil semanales por no dejar. La nueva pareja de vigilantes —de otra galaxia— va uniformada también de negro y tiene el mismo paso desganado aunque menos barriga que los guardianes oficiales. “Lo que sí no hay por aquí son cobradores de gerra, esos cobraban por allí como a dos cuadras, pero hace unos meses se mataron entre ellos”, me comenta Jorge, el vendedor del módulo y el más locuaz de mis contertulios en Junín. En medio de la conversación pasa uno de los viejos joyeros del edificio San Roque, saluda y mete la cucharada: “Uno de esos era cliente mío, yo le hice un anillo de oro con el nombre, ahora está en Bellavista. Esos manes se perdieron de por aquí”.

De noche todo es más tranquilo en la cuadra. El “segmento de vía” señalado como uno de los 850 puntos más peligrosos de la ciudad, es solo un concurrido lugar de raponeros de celular y esculcadores de cartera. Los robos suceden en medio de los tumultos, cuando la gente se apretuja en un cruce, o en los pasadizos que imponen las obras del tranvía, o frente a la puerta de los buses o en los corrillos de los paraderos. Se roba porque hay contacto, afán, ruido y confusión. Es lo que podríamos llamar “robo por aglomeración”. De modo que en la noche no hay condiciones para el “trabajo”. No quedan más que unos pasajeros prevenidos en exceso, los amigos de la botella en las cataratas, los choferes que toman tinto o comen choro y en los voceadores de bus.

En la noche solo le roban a los alestargados: “A mí sí me han robado aquí. El año pasado me puse a beber en las escalas y se me llevaron un bolso con catorce celulares y diez termos. Fue un man de la calle”, me dice José, el vendedor con el carrito de mercado más surtido, una especie de granero en miniatura. Al otro día el ladrón se presentó como informante: “Yo sé quién le robó”, le dijo. Jugaba al sapo en Junín mientras ofrecía los celulares a los choferes de bus en la Oriental. José se enteró y lo sacó a patadas. “Los del almacén de deportes del frente le daban el almuerzo todos los días y en diciembre les robó diez balones. Es que esa gente... no, no, no”, remata José con una sonrisa desconsolada. Le pregunto por el último robo que le tocó y me dice que fue al frente de su granero rodante, a una pelada en uno de los buses que van a Llanadas: “Yo le dije desde aquí, ‘cierre la ventana que le van a robar el celular’, y me miró y me respondió, ‘a usted que le importa’. Y se lo robaron.”

La calle tiene una amplia oferta de delicias chochoanas. Canecas con los tamales de arroz arriba en el parque, almuerzos con caldo reparador que aseguran el desfallecimiento para la siesta o el fondo para la fiesta, y a la vuelta, al subir por Bomboná, está *Palmares del pacífico* y otros bares negros, donde el sabor no se demuestra en la olla sino en la pista. Esa ya no es una calle de cargue y descargue sino de parche. También en ese “segmento de vía” me reseñaron un robo reciente: “Ahí queda una oficina de esas donde entregan subsidios del Estado y hace poquito le intentaron robar a un señor que había recibido su plata, al ladrón lo cogieron abajo”, ahora me habla otro vendedor de módulo, éste con ínfulas de detective. Me dice que en ocasiones llama a dos policías por teléfono y les entrega facha y coordenadas de los “gatos”. Cuando los policías llegan, una simple señal de cabeza confirma la información. “Es que esto está es lleno. Yo un sábado he llegado a contar hasta cien gatos”. Andan en grupos de cinco o seis, pueden ser mujeres, jóvenes con pinta bien, “narrias con todo el visaje”. Unos estorban, otros distraen, uno golea y otro recibe el paquete y se abre. Un equipo completo, con titulares, suplentes y esquema táctico. “Por aquí trabaja uno tan descarado que duró tres meses con la misma bolsa plástica debajo del brazo. Y mueco y todo. Si ponen policías de civil los cogen a todos en tres semanas”, el detective de caspete me propone fórmulas de éxito contra el hampa, y me da la clave sobre el ambiente de la zona: “Es que por aquí falsifican hasta un naipe, hace poquito una señora compró dos barajas antes de subirse al bus, las abrió apenas se sentó y eran las meras cajas con unas arandelas adentro”.

En mis recorridos por los bajos de San Antonio solo encontré sospechosos y cuentos de raponero. Iba en busca de identificar riesgos, advertir amenazas, ver algún atraco. Pero lo único que me hizo pensar dos veces una nueva visita fue el piropeo que me soltó una señora de cincuenta años en pleno parque. La acompañaba una amiga que llevaba de la mano a una niña de diez años. Me vio venir y me dijo, “ay papi me encantan los hombres así, barbaditos y peluditos”. Las tres se alejaron riéndose hacia las cataratas de los bajos. Fue mi última visita. **UC**



# NO HAY BATALLA EN CARABOBO

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

La última vez que me atracaron fue en el Paseo Urbano de Carabobo, cerca de la esquina con la avenida Colombia. Fue hace cinco años, a eso de las seis de la mañana, hora de mi alegre camino hacia el trabajo. Vivía en el Centro, la distancia de la casa a la oficina era de unos veinte minutos caminando, la hora del amanecer en la que salía era propicia por el clima fresco y los pocos caminantes, y existía el pasaje peatonal de Carabobo, que cubría gran parte del recorrido como un embudo libre de buses, carros y motos.

En ese tiempo me ponía camisas de manga larga, chaqueta, pantalones con presnes y zapatos de cuero. Y usaba un maletín para cargar papeles. No me ponía corbata porque sudo como un caballo y cualquier cosa colgada al cuello me sofoca.

Debí creerme algún tipo de ejecutivo catalán que atraviesa Las Ramblas o un bonaerense que camina por Corrientes, *qué sé shoooo*, desubiques que a veces tiene uno. Cargaba un celular en el bolsillo del pantalón y un *ipod* en el de la chaqueta, claro, con sus audífonos blancos color crema dental enchufados en mis oídos.

A esa hora, los audífonos brillaban más que una cadena de oro en la nuca de una viejita jubilada. Pero yo iba por Las Ramblas, *chavales*. Boyacá, abajo del Parque Berrio, era la cuadra más temida, el último peldaño para alcanzar una alameda rozagante donde ya no me podía pasar nada. Ay, ¡esos arbolitos a lado y lado!, ¡y esas banquitas con patas de hierro y espaldas de maderal, ¡y yo con mi *ipod* escuchando alguna banda triste londinense! Así era imposible que mis equinas glándulas sudoríparas se acordaran de sus tareas.

Día a día caminaba triunfante por Carabobo. Hasta que una buena mañana, al girar la esquina de Boyacá con el Paseo Urbano, cuando se abría ante mí el camino de la prosperidad, vi una mujer amanecida que venía desde Colombia tambaleando, magra y desesperada. No quité mi mano del maletín ni saqué la otra del bolsillo, como hacía habitualmente al llegar al pasaje, pero quizás ese exceso de prevención la animó a caminar directo hacia mí. Me dirigí hacia el centro del pasaje, dispuesto a pasarla de largo, y nos encontramos a la altura de la entrada de Bancolombia.

Ahora entiendo que a esa hora, cuando la primera luz del sol pule la fachada dorada de piedra bogotana del edificio del banco, ella pudo pensar que el cordón de los audífonos era un collar y que lo que tenía en las orejas eran perlas, *qué sé shoooo*. Y entonces quiso aferrarse a él como si en ese botín se le fuera la poca honra que le quedaba.

Solo recuerdo haber dado un manotazo y correr. Corrí como un caballo desbocado en medio de los árboles, dejando atrás las banquitas, sin las perlas en mis orejas. Corrí dos, tres cuadras, mientras algunas persianas del comercio se abrían a mi paso. Corrí con la mano alzada y gritando “¡taxi!”, al tiempo que intentaba desenredar el cordón del audífono que colgaba de algún botón de la chaqueta. Y sudé. Sudé al punto de pensar, sentado en la silla trasera del taxi, que no podía llegar a la oficina sin un nuevo duchazo.



\*\*\*

Cuando leí que la Universidad de los Andes había hecho un estudio que identificaba las cuadras en donde se concentraba el mayor número de denuncias por lesiones personales, hurto a personas y vehículos y microtráfico en la ciudad entre 2012 y 2013 (*Universo Centro N° 63*), pensé en hacer el mismo recorrido de hace cinco años, a la misma hora, para ver si acaso me encontraba con algún infortunio.

El mapa de las denuncias de esos delitos, la mayoría ocurridos en el Centro, me auguraba una buena posibilidad. Con suerte, le dije a un colega, me volverían a atracar y tendría una buena historia. Ahí estaban, resaltadas en el plano, las cuadras número 187092 y 263578, ambas sobre Carabobo, entre Colombia y Ayacucho, y entre esta última y Pichincha; justo en medio de mi recorrido del pasado. Eran los doscientos metros preferidos por los delincuentes de todo el Paseo Urbano de Carabobo; o por los denunciantes, según como se mire. Puede haber otras cuadras donde se cometen más delitos, pero los afectados denuncian menos; al menos yo contaba con un indicio con certificado de Policía y Fiscalía.

De hecho, el alcalde anunció recientemente la concentración del esfuerzo de las autoridades por combatir los delitos de “alto impacto” ciudadano —los que se reflejan en las encuestas de percepción y quitan o ponen votos en año electoral—, en nueve puntos calientes del Centro: El Paseo Urbano de Carabobo no hacía parte de ellos. En marzo pasado solo se denunciaron ante la Policía dos hurtos en las dos cuadras mencionadas: uno de un celular y un anillo, y otro de un celular, una billetera y dinero.

Carabobo tiene por lo menos dos décadas de historia reciente de estarse cuidando sola. No por tener a su vera el antiguo Palacio de Justicia, que ahora sirve de tendadero a almacenes de ropa y calzado, sino porque allí empezaron a actuar las Convivir del Centro a principios de los noventa. En Carabobo no duermen ni caminan mendigos y, aunque ya no se ven esos hombres

enchaquetados y con radios de comunicación en la mano de los noventa, las cámaras de seguridad son visibles en postes y terrazas.

\*\*\*

Ahora me visto con bluyín, tenis y camiseta; no vivo en el Centro y pocas veces salgo a caminar. Tengo un celular que pago a cuotas y ya no uso el *ipod*. La tarde anterior al día en que haría el recorrido de madrugada estuve caminando por la zona. En los cruces de Colombia, Ayacucho y Pichincha había sendas parejas de policías. Visité el antiguo almacén Caravana, en la esquina con Pichincha, donde se inauguraron las primeras escaleras eléctricas de la ciudad, y que hoy se llama Elite Tiendas. Subí a la terraza del edificio Hollywood, diagonal al Palacio Nacional, también en la esquina de Pichincha.

Hollywood es el nuevo símbolo del lugar: atiborrado de modelos posando en vallas publicitarias. Desde su terraza se ve el Paseo cubierto por las ramas de los árboles, como una alfombra verde que atraviesa el Centro desde la avenida de Greiff hasta San Juan. Sobre una cámara de vigilancia, ubicada al frente de unas de las puertas del Palacio, vi una paloma espulgándose las alas, como queriéndome anunciar que tenía vía libre para un recorrido pacífico.

Caminando por el pasaje, sentí una especie de caos controlado; un murmullo improvisado pero con partitura. Vendedores anunciando ropa “de marca” y “menús baratos”; venteros ambulantes veteranos sentados en las banquitas con una cajita de chucherías y cigarrillos en las piernas; paseantes y compradores saliendo y entrando a locales comerciales con fachadas recubiertas de vallas con modelos en ropa interior; y en sus vitrinas, la ropa colgada sin maniqués, como en el patio de la casa.

La madrugada del día escogido fue fría y lluviosa. Pasara lo que pasara, era difícil que saliera de allí sudando. En Boyacá, el paisaje no había cambiado: algunos vendedores ambulantes cubriéndose de la lluvia bajo el viaducto del metro, y pocos caminantes y vehículos sobre la carrera Bolívar. El periódico *Q'hubo*, oráculo de la vida roja del Centro, no me daba ninguna pista cercana a la que temer: un asesinato en La Estrella y otro en Copacabana acaparaban la portada del martes 21 de abril.

Minutos antes de las seis de la mañana, en la esquina de Boyacá con Carabobo, justo cuando iba a girar para coger el Paseo Urbano, vi un policía hablando con una vendedora de café y jugo de naranja. Al frente, en una cafetería, vi a otro sentado tomando tinto y en la esquina del atrio de la iglesia La Veracruz uno más, de pie, viendo llover. Me detuve y pedí un tinto. El policía que hablaba con la vendedora tomó un banco plástico y se sentó bajo el techo de un local de Gana.

—¡Estoy mamado! —dijo.

A su lado, sentado en otro banco, había un anciano con sombrero y poncho, con cara de pueblito de Oriente, que movía los labios. Modulaba con esfuerzo, pero no se le oía nada.

—¿Un carro de rodillos? —le gritó la vendedora.

—¿Un motor de cuatrocientos centímetros? —dijo el policía.

La conversación no prometía llegar muy lejos y el anciano cerró la boca. La explosión del mofle de un carro que bajaba por Boyacá levantó una banda de palomas que picoteaban en el atrio de La Veracruz. Ascendieron dejando oír sus aleteos, y se posaron en los árboles y en las terrazas de los edificios. La lluvia seguía cayendo y el Paseo Urbano de Carabobo se veía tranquilo y despejado, iluminado por la tenue luz amarilla del alumbrado público. Un embudo sin buses, carros ni motos. Sentí que podía emprender de nuevo mi camino por el pasaje. **UC**



# MORAVIA SOCIAL TOUR

por CAROLINA CALLE

Fotografías: Juan Fernando Ospina

Después de cruzar un río, atravesar un bosque y escalar dos montañas, ese hombre que reparte saludos en cada calle pero no es un político, que tira besitos a las señoras pero no es un donjuán, que mastica un palillo de dientes pero no es un camionero, se para al frente del grupo que le sigue los pasos y con la convicción de un culebre-ro le dice: “Moravia es el paraíso”.

Y ahí, en la cumbre del morro, da un giro de 360 grados para que la brisa lo abrace y señala hacia cada punto cardinal mencionando los encantos de esa vecindad. Moravia queda a una cuadra del parque de diversiones, a un puente de la terminal de transporte, a una loma del hospital, a una manzana del cementerio, a una carrera de la universidad, a una diagonal del jardín, a un atajo de las estrellas, a una rampa del acuario y a un sendero del cielo.

“¿Qué más se le puede pedir a la vida?”, insiste. Lo escuchan veintidós hombres y una mujer cuyas miradas están perdidas en el paisaje del valle. Unos sacan sus bitácoras y escriben, otros alzan sus cámaras y graban la divisa. Luego quieren la foto de grupo y le piden al personaje que pose con ellos. Y así, la imagen de Orley queda incrustada en el recuerdo del turista que a través la frontera y coronó el tour en la principal altura de Moravia.

Siempre habrá una respuesta cuando Moravia es la pregunta: invasión, resistencia y transformación son las palabras claves que la acompañan. Hay tesis de grado, documentales, canciones, libros y archivos de prensa que llevan por título el nombre del barrio. Y allá llegan nativos y extranjeros, estudiantes y profesores, periodistas y cineastas, políticos y artistas.

Todos quieren con Moravia y la ruta empieza y termina con el hombre que se sabe todas las travesías para llegar a sus personajes: Orley Argiro Mazo. Además de director técnico de fútbolito, mánager de bailarines, columnista de prensa barrial, fotógrafo de fiestas étnicas, recolector de piedras bonitas y coleccionista de frascos antiguos, ha sido el guía turístico del barrio desde que Moravia se convirtió en la “capital” de la comuna 4 y en el barrio que más moja prensa de la zona norte de Medellín.

La expedición empieza en el Centro Cultural Moravia. Los visitantes, de gorra y zapatos cómodos, llegan preparados para un largo recorrido, cruzan la quebrada La Bermejala y caminan sobre el pavimento que ocultó las huellas del Ferrocarril de Antioquia. De esos ranchitos de madera que estaban al pie de la carrilera y que vibraban con cada tren solo quedaron fotos en sepia, un recuerdo en blanco y negro y el hábito de sacar los trapitos de colores al sol.

Ahora —en la carrera 55— proliferan el ladrillo y el temblor lo originan los decibeles de los equipos de sonido. Al principio de la cuadra se alquilan

los hallazgos de los recicladores: prendas de vestir de segunda para primeras comuniones, vestidos fucsia para los quince, corbatas negras para entrevistas de trabajo o abrigos de Papá Noel quién sabe para qué.

Hacia el final de esta vía se rentan lavadoras a mil pesos la hora. Se prestan asientos para que los vecinos pongan el parqueés, el dominó o las cartas sobre la mesa. El asfalto termina en dos callejones con salida y en una “montaña de mentiras”. “Este morro lo hicieron a punta de escombros”, cuenta Orley y comienza a subir por una rampa peatonal y estrecha que desemboca en El Oasis, uno de los dos sectores con más presencia afro de Moravia que inició como asentamiento temporal para damnificados de inundaciones e incendios.

Allá todavía se vive a la usanza de la primera época —en los años cincuenta— cuando Moravia era considerada una invasión. En el principio de los tiempos cuando el barrio no era barrio y todo alrededor era plano, las primeras viviendas surgieron de la conquista del pantano. Como estaban situados al nivel de río Medellín que tenía su cauce desperdigado, casi todo a la redonda tenía tierra movediza.

Antes de llamarse Moravia tuvo otros nombres: Fidel Castro, Camilo Torres y El Zancudo. Cerca estaba el Bosque de la Independencia donde llegaban practicantes de pesca al lago que aún se conserva, y jinetes, al hipódromo que alguna vez hubo en donde ahora compiten las orquídeas por el primer puesto en la Feria de las Flores.

A finales de los años setenta, la alcaldía de Medellín le concedió los terrenos al Parque Norte para que ampliara sus atracciones. Pero, mientras decidía cómo hacerlo, diseñaban los planos

y compraban los aparatos, le prestó el espacio a las Empresas Varias en 1977 para que acomodara todos los desperdicios del área metropolitana.

Entonces las volquetas quedaron autorizadas para moverse en la zona y vaciar toneladas de desechos. Dos montañas fueron ascendiendo, se hicieron curvas y carriles sobre la misma basura para que los vehículos pudieran moverse con soltura, y Moravia se convirtió en otro parque de atracciones pero para personas con hambre. Llegaron desplazados, mendigos, desempleados, damnificados, pero no de paso sino para quedarse porque el basurero era el único lugar que les daba trabajo a largo plazo.

Como el camino iba creciendo verticalmente entonces se necesitó de transporte especializado para sacar la materia prima. Llegaron los conductores de burros a quienes se les llamó ‘burreros’. A los encargados de separar la comida del resto de desperdicios se les denominó ‘chuteros’. A los que hacían trampas con cabuyas para cazar gallinazos se les dijo ‘tramperos’. A los edificadores de ranchos que decidieron convertir sus oficinas en viviendas se les llamó ‘tugurianos’.

El rumor de que había oportunidades se fue regando y a la terminal de transporte llegaron inmigrantes que solo tuvieron que cruzar un puente para hacer parte del barrio. La ciudad se estiró por un lado, se ensanchó por el otro y ese par de cerros que aparecieron de la nada comenzaron a sobresalir por su altura, por la neblina putrefacta y por el sobrevuelo de aves de rapiña.

De esta época quedó el registro del cineasta antioqueño Diego Rojas Moreno en 1983 cuando filmó el cortometraje *Balada del mar no visto*. El

protagonista es un hombre negro que camina por Medellín buscando una salida al mar con su canoa al hombro. Y su sueño termina oxidado en la cúspide del basurero, en medio de un paisaje lúgubre, fétido y desolado que el director no tuvo que intervenir porque el escenario era el morro natural de Moravia.

Si no fuera porque en 1984 se ordenó su clausura quizás hoy serían rascacielos de basura y de escombros. El cierre de los botaderos fue la apertura tácita a quienes necesitaban dónde construir sus casas así fuera sobre un suelo inestable y tóxico. Desde entonces esos espacios que atraían ratas y recibían visitas de gallinazos se convirtieron en los sectores más poblados de Moravia.

Y aunque en 1993 obtuvo el reconocimiento oficial y su nombre fue incluido en el mapa de los barrios, muchos de sus habitantes todavía tocan madera cada vez que se recuestan a las paredes de sus casas. En El Oasis los techos de zinc están cuñados con piedras. Las paredes además de oídos tienen bocas porque las dedicatorias escritas sobre la tabla cuentan historias.

La modernidad les llegó con la nomenclatura que les puso números sobre las puertas para que los mensajeros no se perdieran con la correspondencia, la cuenta de servicios y el impuesto predial. El interior de las viviendas parece una unidad de urgencias médicas cuyas piezas están separadas por cortinas coloridas. Los clósets son cajas de cartón que se ocultan debajo de la cama. En la sala nunca faltan los televisores de pantalla plana ni el bafle del tamaño de una caja de cerveza empinada.

Durante ese tour, un par de niñas andan cogidas de gancho en la calle mientras tararean un reguetón. Un niño eleva su cometa desde el segundo piso esquivando la antena de Directv de los vecinos.

Los señores tiran los dados, los billares están llenos de brindis, las máquinas de azar atragantadas de monedas y las tiendas surtidas de hielo y chicha.

La publicidad está hecha a mano y pululan letreros pegados del vidrio, del poste o del ladrillo que promocionan productos y servicios típicos: “Se cosen extensiones”, “Se compra cabello humano”, “Se hacen trenzas”, “Se vende gallina criolla y menudencia fina”, “Se hacen remiendos”, “Se buscan envases de limpio”, “Se fabrican batallas”, “Se alquila pieza para persona sola”.

Un trio de vecinas lee en voz alta los titulares de la prensa amarilla y una pareja de adolescentes se besa delante del río Medellín que pende en una balsa cerca de la orilla. Los caminantes mientras tanto siguen pendientes del suelo para esquivar las mierdas de los perros y Orley continúa saludando y guiñando el ojo como si fuera un marinero, como si ese barrio fuera su mejor puerto.

\*\*\*

Moravia es el único barrio de Medellín con gentilicio —moravita—, quizás porque tiene algo de pueblo y mucho de país. Moravia tiene que ver con el río y con el mar, está poblada por la nostalgia de la marea y del caudal. Es un barrio de puentes y riberas, de llegadas y partidas.

En el sector La Herradura trabajan los areneros, señores con botas como don Víctor, que se meten todos los días al río a recoger arena para vender, y por qué no, a echarle el ojo a la corriente por si alguna vez los sorprende y les lleva un tesoro de aguas negras.

En el sector Moravia, desde la madrugada se exhibe el pescado fresco en la carreta de don Rafael: “tilapia, bocachico, dorado”, antes del mediodía su vitrina ya está vacía. En el restaurante El Mesón, la sucursal de la sazón pacífica, la especialidad es la trucha y el sancocho de bagre. María Pájaro le hace la competencia, ofrece las delicias de la costa Atlántica pero en su hogar, ella es la chef y la anfitriona. Abre su propia puerta y organiza su mesa para que los turistas descubran a qué sabe realmente un menú “casero” cuando la casa es Moravia.

En El Bosque, don José Velásquez, un sastre de aguja gigante, confecciona una atarraya blanca para echar al agua. Los transeúntes y hasta los vecinos lo confunden con un costeño porque trabaja de chancallas y pantalóneta, y lo que hace tiene más cara de hamaca. Cuando termina de tejer, mira de un lado a otro desde la acera para cerciorarse de que no haya tráfico, coge impulso, gira la cintura y lanza la red sobre el pavimento para comprobar su alcance y para no olvidar el movimiento que hacía antes de que el río que le daba peces comenzara a bajar cadáveres entre sus aguas.

\*\*\*

—¿De dónde son ustedes? —les pregunta Orley a los turistas que lo circundan sudorosos luego de subir la segunda montaña del tour. “De Aranjuez”, “de Castilla”, “de Belén”, “de Manrique”, “de acá mismo”, se escuchan las voces.

—¿Hace cuánto viven en Medellín? —replica Orley.

—Toda la vida —responde uno de ellos.

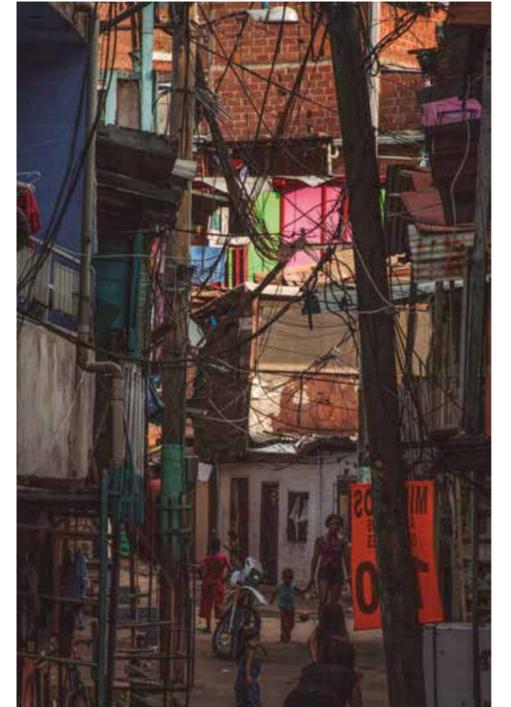
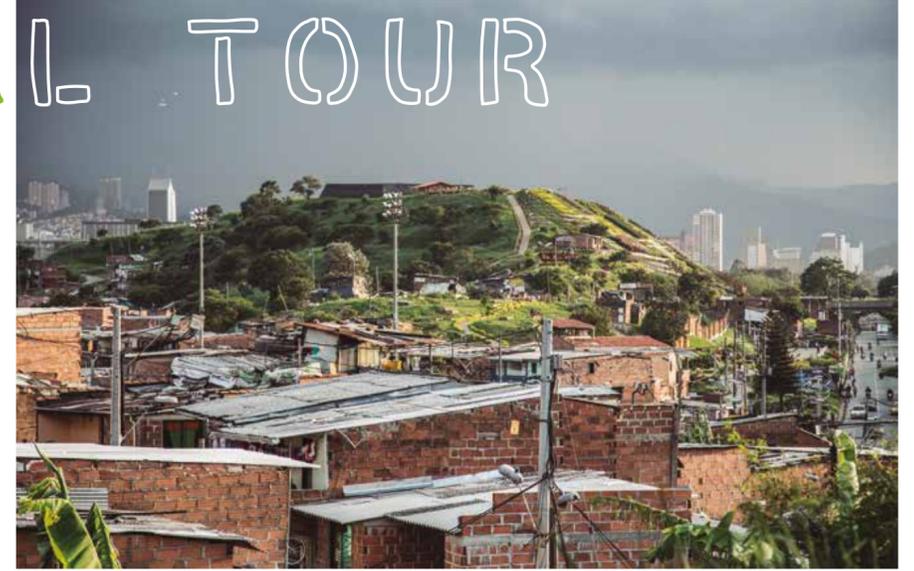
—Aquí en esta montaña hay una partecita tuya y de tu familia —le dice, y todos los demás fruncen el ceño preguntándose “¿cómo así?”.

—Sí, estamos parados sobre toda la basura que produjimos entre los años 77 y 84 cuando este sitio funcionó como botadero municipal —explica Orley.

Hasta la primera década del siglo XXI los gases hacían bruma, para subir había que taparse la nariz, las chispas eran parte del paisaje y los incendios, gajes del oficio. La mayoría de pobladores se fueron hace cinco años, cuando les dijeron que vivir en el morro era sinónimo de calamidad. La mayoría cambió sus ranchos por apartamentos, los senderos por las escaleras, la madera por ladrillo, a Moravia por Los Álamos, La Aurora y Pajarito.

Hubo algunos que no aceptaron el canje, se quedaron y escribieron grafitis sobre las fachadas de sus viviendas: “Ante el desalajo ni me rindo ni me aflojo”, “El riesgo real del barrio es el apetito voraz de la administración”. Aunque saben del riesgo que corren porque la montaña sigue sudando y cada tanto el viento les vuela el techo o reaparece el fuego, le perdieron el miedo a morir quemados o a contraer la rabia, no renunciaron a la vista, a la planicie que tienen a la redonda ni a su posición estratégica en la ciudad.

Hoy en día se dan el lujo de vivir entre dos estaciones del metro, Universidad y Caribe, de ser propietarios de un epicentro artístico como el Centro Cultural Moravia que es la envidia —de la buena— de los demás



barrios. Tienen la suerte de estar rodeados de ciclorruta, sin bajadas ni subidas, y de tener la posibilidad de llegar en bicicleta al Centro de Medellín en contados minutos.

Tienen la suerte de ser vecinos de la Terminal del Norte, del Jardín Botánico, del Parque Explora, del Planetario, del Parque de los Deseos, del Museo cementerio de San Pedro, del Alma Máter, de la zona médica, de Ruta N, del abc de Medellín. Todo está cerca. Por eso en Moravia la tierra escasea y el precio del arriendo está en alza. Los demás barrios del norte señalan a los moravitas como gente “de modito” o los tildan de “pinchados”.

“Sigamos el recorrido”, les dice Orley a los caminantes y los lleva al costado occidental. Entonces alza su mano como si fuera un agente de tránsito, señala a lo lejos, por allá a las montañas de Robledo y les dice: “la alcaldía dice que a los habitantes del morro los reubicaron pero para mí, los desubicaron”.

El éxodo generó un duelo en la comunidad, entre quienes se fueron y quienes se quedaron. Como las despedidas son muertes pequeñas, en septiembre de 2010 se hizo un velorio chocoano y un grupo de mujeres le dijo adiós al morro como lugar de residencia, augurándole vida eterna en la memoria de sus antiguos habitantes y vecinos, deseándole un verde futuro, sin chispas, incendios ni gases tóxicos, amén.

Doña Leonor Padilla fue una de esas vocalistas, devota de la Virgen del Carmen y de San Pacho, que le dijo adiós a la montaña. Suele cantar desde su balcón al río Atrato, al muelle, a la panga y a ese pueblo de dos sílabas que todavía tiene el acento en su corazón. Se llama Beté y allá dejó a la familia, la escuela y el chontaduro. Pero en su piel se trajo la bandera y en su voz el hábito de celebrar hasta la muerte. Cuando era niña aprendió de su padre a llevarles serenata a los difuntos, a cantar y a bailar delante de los dolientes un repertorio para el adiós.



“Muchos oficios tradicionales en Moravia se extinguieron —continúa su discurso Orley—, algunos de esos gremios sobreviven como el de los charreros, peinadoras, ropavejeros, recicladores, areperas...”. En ese momento los visitantes se miran entre sí y se sonríen con picardía. “Tan malpensados”, les dice Orley antes de continuar hablando sobre otro tipo de ocupaciones en Moravia.

—¿Y cuál es la ocasión para esta noche? —le pregunta Wendy a su clienta fija mientras enreda una lana escarlata en un crespito y comienza a hacer la primera trenza.

—Los grados de mi nieto —responde Ana y luego respira profundo, empuña las manos, frunce el ceño y arruga la frente.

—¡Tan bello! —replica Wendy que continúa de aquí para allá con un mechón, de allá para acá con una greña.

—Sí, se graduó de preescolar, el año entrante comienza la primaria —agrega con orgullo.

Para los egresados del Pacífico, radicados en Moravia, todo —hasta que no se demuestre lo contrario— es susceptible de festejarse. Wendy, en El Oasis, presente esa fiebre de verbena con solo tocar las cabezas de sus clientas.

El domingo la rumba los busca, el baile los apretuja, el vallenato los derribe, el reguetón los deshace, la champeta los contenta, hay efervescencia de melanina. A lo largo de la quebrada La Bermejala hay un bulvar con humedad de fiesta cada fin de semana. A la venta está la “cerveza envenenada”, los “chorizos encoñadores”, el “bolis de champaña”, la “longaniza afrodisiaca”.

En Moravia hay un Chocó Chiquito y en ‘El Hueco’, cerca de un puente y de la quebrada que atraviesa el barrio, se encuentran todos los paisanos de Condoto y de Istmina, de Bagadó y de Quibdó, antiguos navegantes del San Juan y del Baudó, con el mismo antojo de mapalé y de borrojó, de bunde y currulao.

Cuando el alcohol los convence de que la noche es infinita, llega la lluvia de harina y esa sensación de que ya nada importa: ni que se acabó el tiempo, ni que es lunes, ni que hay que ir a trabajar. Lo que importa es que hay vida, que cualquier día el mundo se puede acabar, que cada domingo debe haber carnaval.

“Se habla mal de mí, (...) porque yo me tomo mis tragos, no ve que pa eso trabajo, no le hago mal a nadie, ni tampoco soy irresponsable”, dice Harrison Palacios. “Me la paso rumbiando toda la semana, hasta las cinco de la mañana, con mis amigos y con mis panas y rematamos el otro fin de semana”, reconocen Jeff, Dilma y Yommy.

“La vida yo también me la gozo, sin amarguras yo la paso sabroso”, declara

Jahir Córdoba. “De profesión soy rumberólogo, donde se encuentra la rumba, ahí estoy yo”, rematan los cinco artistas en el coro de la canción *Rumberólogo* del grupo Explosión Negra.

La propuesta musical tiene el color de la cumbia con tintes de ska; el olor de la tambora con esencia de marimba; el sabor de la chirimía revuelta con hip-hop y la textura del cielo chochoano con aguacero de gaita. El sonido desata algarabía en los hombros, chapaleo de cintura, flexión de rodillas, sudor en movimiento y estiramiento de sonrisa.

Entonces llega el alboroto, los espectadores cantan, luego aplauden, gritan: “qué tumbao”, “otra, otra”, “hasta abajo”. Este cuarteto ha sido embajador del Chocó, de Medellín y de Moravia —cómo no— en Canadá, Estados Unidos y México. En 2011 fue preseleccionado por los premios Grammy Latino y nominado a mejor álbum en los Premios Shock por su trabajo *Barro de Medellín*, y en 2014 tuvo el honor de compartir tarima con el septeto de matronas negras de Moravia que dieron un concierto a capela de música mortuoria en una calle ciega del barrio.

En Moravia existe también una propuesta contraria, algo sombría. Se trata del hombre de la imploración negra, del réquiem a domicilio, el especialista en exequias, de profesión “velorólogo”: donde hay velorio, ahí está Ovidio Conde. Él se denomina a sí mismo el intérprete de las Ánimas del Purgatorio.

Su presentación tarda solo treinta minutos: tiene el color de las flores marchitas con tintes de ceniza; el olor de la camándula con esencia de sufragio; el sabor del tinto recalentado; la textura del incienso con la piel de la tristeza. Su voz causa encogimiento de hombros y nudo en la garganta.

Se alquila para hablar cuando nadie quiere hacerlo, recita discursos póstumos, dona palabras de aliento durante un entierro y dirige la novena de los fieles difuntos. Cuando llega al escenario, se da la bendición y suelta sus rogativas: “dale Señor el descanso eterno”, “¿ánimas del purgatorio quién las pudiera aliviar?”. Entonces sigue la melancolía, los asistentes cierran los ojos, luego rezan, repiten en coro: “Dios las saque de penas y las lleve a descansar”, “brille para ella la luz perpetua”.

Ovidio se entera de un sepelio cuando recibe la llamada de un amigo, conocido o desconocido: “aquí lo esperamos en la novenita, usted sabe que con nosotros le va bien”, le dicen aludiendo a la propina que suelen darle al final del acto. También recibe notificaciones directas del más allá; a las horas fúnebres de la madre de Orley, por ejemplo, llegó porque las ánimas le avisaron, entró a la sala y, sin presentarse ni conocer a nadie, empezó a orar.

El hace parte de la lista de personajes ilustres de Moravia que Orley menciona antes de terminar la visita guiada. Marina Aguilar y Antonio Guzmán, quienes en tiempos de tugurios, protegieron con desvelo la cancha de fútbol para que no fuera invadida y el barrio no perdiera un espacio para el encuentro, están en la lista. Gracias a ese terreno de juego, los dos sectores de Moravia que estuvieron en guerra hicieron las paces en medio de un cotejo.

También están Vicente Mejía, el padre que llegó con hostia y sotana a dar misa en medio de gallinazos y basura. Aceneth Restrepo, la partera que, en épocas de desalojo forzado y gases lacrimógenos, atendía partos de emergencia: en andenes, escaleras, patios,

barrancos, donde las contracciones no dieran más espera. ‘Mamachila’, la primera madre comunitaria que, en temporadas de desempleo, le cuidaba los hijos a las vecinas para que pudieran salir a buscar trabajo.

Gloria, la conciliadora de otrora cuando los problemas del barrio eran por las fronteras de los ranchos, los maridos coquetos y las filas en la tienda. Feliciano Córdoba, el negro al que se le prendió el bombillo y gestionó el primer transformador de energía que le dio la luz a El Oasis. Leider Mosquera, fundador de los “Reyes del perreo”, el grupo de estudio que se tomó al reguetón en serio.

Shakira, el barberero afro que hace maravillas cuando mueve la navaja sobre el churrusco en la mejilla. José Tabora, el fabricante de límpido que descubrió la fórmula secreta para sacar las manchas de plátano y mamoncillo. Heroína Córdoba, fundadora del morro y cantautora que le hizo críticas al sistema a punta de villancicos.

Ana Mosquera, emigrante del occidente colombiano, portadora del virus de la alegría y conquistadora de Chocó Chiquito, el legendario sector del vacilón y de la bella negramenta. Petrona Moreno, la morena que en compañía de diecinueve mujeres le cambió la pinta a la principal altura de Moravia: pasó de ser el morro de basura, a ser un campo de concentración de catleas, bromelias y bifloras.

Ubalдина Bedoya, la especialista en bolis, el postre típico preferido por los niños que distribuye a través de su ventana. Doña Ricardina Mosquera, la que todos los días al atardecer sale a la esquina a ofrecer el mecate favorito para brillar colmillos: “paticas de gallina” y “pescuezos de gallito” apanados.

Y así, se va yendo Orley entre palabras e historias durante el descenso del morro. En el camino de regreso tres niñas saltan lazo, una señora baila salsa en la acera, un joven viste al maniquí negro con cara de caballo en las afueras de un almacén de ropa, un par de zapatos tambalean colgados de los cables de la luz, una chancla está a la deriva atascada en una alcantarilla.

Orley sigue repartiendo saludos, tirando besitos a las doñas, masticando el mismo palillo de dientes y desbaratando la imagen que la mayoría tenía de Moravia cuando creían que era frontera, callejón y laberinto. “Vuelvan por acá, no me olviden”, les dice Orley mientras se despide y todos se lo llevan sin darse cuenta. Él todavía no se menciona a sí mismo como un personaje célebre en su recorrido, no lo sabe, pero es el hombre puente, es el *souvenir* que todos se llevan, el que nadie olvida después de salir de Moravia. ☺



# DETRÁS de la ALCANCÍA está la UTOPIÍA

VIGILADO SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA

Línea Confiable 444 1020 • [www.confiar.coop](http://www.confiar.coop)

**UNIVERSIDAD  
EAFIT**

ORQUESTA SINFÓNICA  
EAFIT

**15**  
años

La Orquesta Sinfónica EAFIT, con su labor musical, acerca nuevo público a través de conciertos didácticos y difunde la música sinfónica colombiana.

Los invitamos a participar de sus conciertos de temporada

Teléfono 261 9500 ext. 9732

[www.eafit.edu.co/sinfonica](http://www.eafit.edu.co/sinfonica)

[@SinfonicaEAFIT](https://twitter.com/SinfonicaEAFIT)

[f Orquesta Sinfónica EAFIT](https://facebook.com/OrquestaSinfonicaEAFIT)



# Lapidario

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Fotografías: Juan Fernando Ospina

góticos de ahora, que aún trasnochaban para preservar las ojerías.

Una antigua novia me contaba que de niña le gustaba ir por las tardes al Cementerio de San Pedro porque en su casa del barrio Sevilla, cerca de allí, había un bullicio tal que le impedía concentrarse para hacer sus tareas. Entonces ella ponía sus cuadernos sobre alguno de los sepulcros y llenaba planas, dibujaba o hacía sus divisiones de fraccionarios. Cruzaba la puerta de salida, se despedía de los porteros que ya la conocían, y acaso habían regado el cuento de que esa niña no era real sino el fantasma de alguna muerta ilustre, tal vez María Cano cuando estaba chiquita.

Ir de paseo al de San Pedro fue durante varias décadas un ritual de los vecinos del lugar. Antes de que surgieran los guías acreditados, eran las mamás y las tías quienes urdían sus propias fábulas, fiambre en mano, al lado de tumbas célebres como la de don Coriolano Amador. Se decía, por ejemplo, que la estatua con velo, tallada en mármol, de doña Lorenza, la esposa del patriarca, era la réplica exacta de cómo ella había quedado al morir, cuando vio a su hijo muerto por una sífilis que adquirió con algún amor de alquiler.

La cercanía familiar de Medellín con sus muertos es de hace tiempos. En 1932 la Comisión de Salud Pública, en documento dirigido al Concejo para estudiar la creación de un cementerio laico, recordaba cómo la distancia entre las tumbas y las casas de habitación en París era de cien metros, en Alemania, de doscientos metros y en Rusia, de un kilómetro. También anotaba el mismo informe que en la capital antioqueña aquella distancia no parecía importar. Todos los barrios de los muertos que aquí se fundaron, a prudente distancia, terminaron cercados y hasta invadidos por los vivos. El de San Lorenzo, en la Loma de la Asomadera, fue un lugar pintoresco donde convivían las almas de distintos estratos, sin reparos de clase o de raza. Con el tiempo, el sector decayó hasta volverse un barrio de mala muerte, cercano a talleres de artesanía, locales de espiritistas y antros de la vida bohemia. Fue por eso que en 1842 se reunieron cincuenta familias

de la élite de la ciudad con el ánimo de crear un cementerio privado para trasladar a sus difuntos. El lugar se llamó primero Cementerio San Vicente de Paul, luego de San Pedro; aunque desde siempre, en la calle, se le conoció como el cementerio de los ricos.

Casi treinta años más tarde, en 1875, fueron los propios vecinos de San Lorenzo, el cementerio de los pobres, quienes le enviaron un memorial al obispo quejándose de que a pesar de que ya antes se habían quejado ante el párroco, el camposanto lucía su peor abandono. Dijeron que las tumbas y sus cruces estaban sepultadas por la maleza. Andaban tan cansados de rogar que apelaron a una amenaza: si no le ponían mano a los sepulcros, iban a arrojar los restos funerarios al río Medellín.

Un siglo después, ese barrio de difuntos estaba ya cercado por predios de vivos como San Diego, Las Palmas y el barrio Colón. San Lorenzo quedó en medio de una guerra de pandillas. Una de aquellas bandas se lo tomó para hacer sus juergas. Tal vez querían combatir el aburrimiento con actos que exhibían la soberbia del poder, como eso de sacar a los muertos de sus tumbas para prenderles fuego, una falta rastrera de urbanidad que otros glorificaron al ponerle el sello de ritual satánico.

En cuanto a rituales, prefiero el que aún se practica en pueblos como Argelia, en el Lejano Oriente antioqueño. Había allí un animero, llamado Serafín, que llegaba al cementerio a la medianoche del primero de noviembre y convidaba a todas las ánimas a dar su ronda por el pueblo. Las llamaba con susurros casi inaudibles y luego iba de casa en casa, haciendo bulla a las doce de la noche, con una matraca, mientras pedía en su letanía, un padrenuestro por el descanso de las benditas ánimas del purgatorio. Con semejante ruido ningún vivo descansaba en Argelia esa noche. Aunque él las regresaba a sus sitios de reposo, con la dicha del deber cumplido. Me contó que no le gustaba trasnochárselas, pues no tenía mucho de qué hablar con ellas, y además a las ánimas solo se les pide. Es más, me lo dijo con una frase lapidaria: 'Con las ánimas no se charla'

Si la muerte es un lugar común, como dice Tomás Eloy Martínez, también me parece manido lo de ir a hablar con los muertos en los cementerios, habiendo otros lugares. Con los años, el exclusivo cementerio de los ricos, el de San Pedro, se volvió un oráculo popular como el de la Sibila griega. Los herederos de los fastuosos mausoleos familiares encontraron que había demasiado espacio en los panteones y decidieron alquilarlos a gentes del común, a manera de inquilinatos de almas. Lo mismo que ocurrió en las mansiones del barrio Prado, conocido como Prado Rico, subdivididas en extremo, como termiteros urbanos. Así es como los cementerios se van pareciendo cada vez más a sus ciudades.

San Pedro dejó de ser una acrópolis de alcurnia para alojar en sus pabellones a muertos comunes y corrientes. Todos los estratos de la urbe tienen su sitio allí como una maqueta a escala. Las galerías están decoradas con esquelas de Winnie the Pooh, fotos de Nacional o El Poderoso, corazones cruzados por flechas de amor eterno en cuyo interior flotan, entre nubes, los rostros de los seres perdidos.

La pretensión de imitar el gusto de las élites, incluso hasta en las formas de la muerte, animó a las familias emergentes del narcotráfico a construir mausoleos del puro gusto criollo, como el tan visitado panteón de los Muñoz Mosquera.

En la nave femenina de este sepulcro familiar se agolpa cada tanto un grupo de peregrinos que piden favores a una muchacha cuya foto, de chulitos desteñidos, los fieles reconocen como "Rosario Tijeras". Nadie sabe quién fue el primero que vino con el cuento de que aquella finada era la que había inspirado la película que se estrenaba por esos días en Medellín. Desde entonces las romerías acuden a rogar para que se obren sus milagros. Lo curioso es que tal vez estos mismos porfiados arrojan a la tumba fotos de prensa de Flora Martínez, la actriz que encarnó al personaje de Rosario en la cinta de Emilio Maillé. No entiendo, para ser Franco, ese extraño juego entre verdad y ficción, santa y actriz, o milagros de taquilla.

Más evidente era el estruendo de la música antillana que esta tumba tenía noche y día, la que molestó a los deudos porque perturbaba el descanso eterno. Los Mosquera tuvieron que resignarse a poner música clásica, más cercana a la paz de los sepulcros. Sin embargo, las cuentas de energía crecieron hasta obligar a la gerencia a poner contador de luz en el mausoleo, algo que ni a Mausoleo de Halicarnaso pudo ocurrírsele. Tal parece, como se ha dicho, que la familia nunca pagó esas facturas. Cuando les cortaron los servicios, las ánimas al fin pudieron recobrar su silencio.

De modo que este Cementerio de San Pedro, pensado al comienzo para gente muy estradada... como los muertos, terminó rodeado por la plebe, siempre prolífica, que le hizo perder categoría. En los años setenta surgieron otros camposantos, con parqueaderos y amplias zonas verdes, similares a los campos de golf, como Montesacro, Campos de Paz o Jardines de la Fe.

La idea de inhumar los cuerpos a campo abierto ya había empezado en 1933, según se lee en la *Crónica Municipal de Medellín*, número 78, del mismo año. Esta vez se convocó a un concurso público para el diseño del cementerio, tanto su trazado general como cada detalle del arte funerario. Había una bolsa de mil doscientos pesos para el ganador, quinientos al segundo y una mención al tercero. La idea elegida fue la de un joven urbanista llamado Pedro Nel Gómez, quien luego de su éxito con esta ciudad de los muertos, llevó por los aires su ingenio al crear otra ciudad de los vivos, el barrio Laureles, una retícula de transversales y circulares que sería la maldición de los carteros. Al parecer, con su necrópolis, Gómez había sido más cuerdo, y no era difícil para un familiar encontrar la tumba de su ser querido.

El camposanto se construyó en 1940, en una finca del norte conocida como Rancho Largo, con jardines y una plaza, para albergar por primera vez a gentes de distintos credos, clases sociales y hasta un espacio reservado para los suicidas. Tan incluyente proyecto no tendría mejor nombre que Cementerio Universal. Uno hasta cree escuchar el alarde democrático del político el día que cortó la cinta: "Hemos construido un cementerio donde por fin quedamos todos". La obra contemplaba además algo insólito para la época: un horno crematorio, más un carro mortuorio para las casas de caridad y los indigentes. En cuanto al primero, hubo una candente oposición de la ortodoxia

católica que, de modo lapidario, afirmó: "La obra inclemente y anticristiana que hace el horno crematorio corresponde a la tierra". Al final, el camposanto laico, intervenido por la iglesia, dio descanso a judíos, protestantes y suicidas, pero en zonas demarcadas: juntos pero no revueltos.

También en la vieja necrópolis de San Lorenzo, destinada a los más pobres, había sectores de preferencia o de exclusión. A los suicidas, por ejemplo, se les fue arrinconando en un la franja de la colina que lindaba con la famosa Calle del Sapo, donde iban todos aquellos que requerían de los oficios de brujas y yerbateros, o simplemente a adquirir algún brebaje redentor.

Mientras las pompas fúnebres cada vez son menos suntuosas y aquel asunto se resuelve del modo más discreto, también las alegorías de la Parca, aquella Señora Muerte, de innegable seducción para opiomanos como Gautier o necrófilos como Poe, se han convertido en estampas bucólicas que de vez en cuando reviven películas de culto, como *El cadáver de la novia*. Otros poetas menos delirantes, como Borges, tan solo se ciñen a contemplar los cementerios de sus ciudades que ya se han vuelto museos, como La Recoleta, de estrechos pasadizos donde los cortejos de turistas se mezclan con los devotos de Eva Duarte de Perón:

*Convencidos de caducidad  
por tantas nobles certidumbres del polvo,  
nos demoramos y bajamos la voz  
entre las lentas filas de panteones,  
cuya retórica de sombra y de mármol  
promete o prefigura la deseable  
dignidad de haber muerto.*

El lugar también puede ser La Chacarita donde enterraron a Gardel; o Pere Lachaise con sus ídolos caídos y hasta las mascotas esculpidas que velan el sueño eterno de sus amos; o el de Santa Magdalena, a la orilla del mar de Puerto Rico, donde fue a buscar mejores aires Pedro Salinas; o ese cementerio de San Andrés con sus cruces pobladas de cangrejos.

Al paso que estos lugares se vuelven museos de la memoria, también los oficios de difuntos se han abreviado. Mi padre contaba que en su pueblo había un narrador de velorios llamado Hipólito Ramos. Este hombre iba hilando, cuento tras cuento, las largas horas en vela. Debí ser un hombre más entretenido que las plañideras. Acompañaba al difunto y reservaba el final de sus cuentos solo para los verdaderos amigos del finado, los que sabían esperar el alba para irse. ☪



El hombre se bajó del bus de escalera, a un lado del puente que cruza el río Cauca, en Puerto Valdivia. Llevaba un paquete pesado, envuelto en papel de embalaje. Entró a la fonda junto a los otros viajeros que llegaron a calmar el hambre, a aligerar la vejiga o tan solo a estirar los huesos. Se acomodó en la barra y pidió un aguardiente, luego el segundo y el último, que en Antioquia llaman dizque el arranque. Pagó sin esperar la devolución. Mientras repasaba los muebles con el dulceabrigo, el mesero se dio cuenta de que el tipo había olvidado su envoltorio y salió a buscarlo. No lo vio entre el grupo de pasajeros que volvían a sus buses para retomar el camino. Luego escuchó unos gritos de alarma junto a la baranda de metal donde otros parroquianos acababan de ver al mismo hombre lanzarse al vacío. No parecía

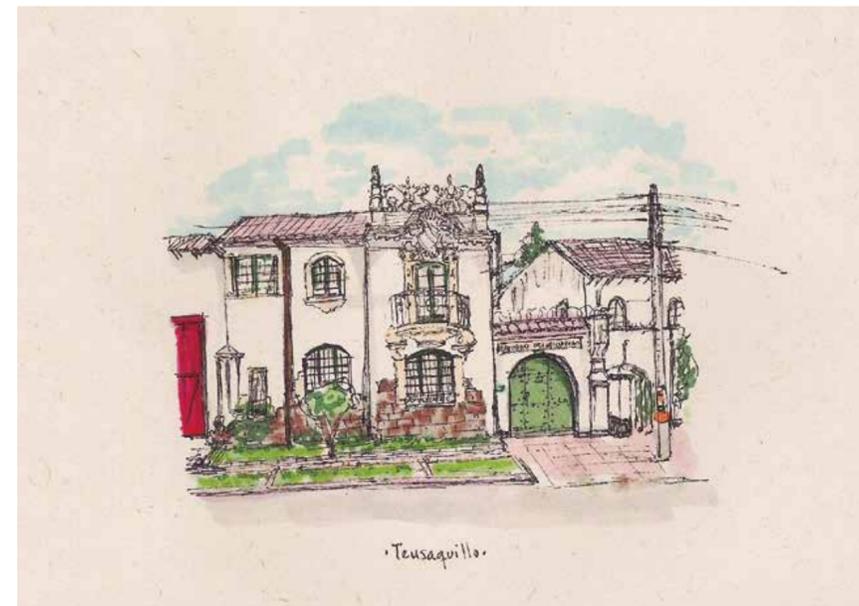
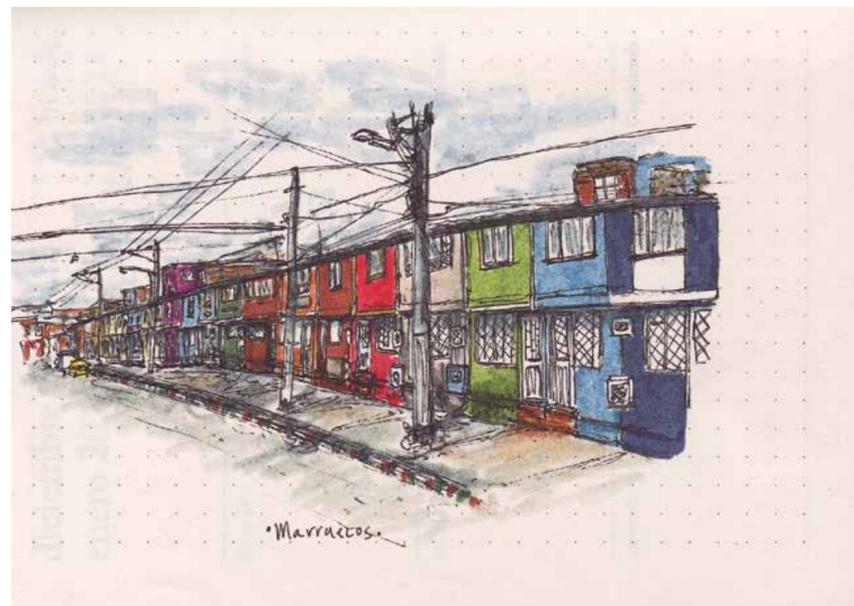
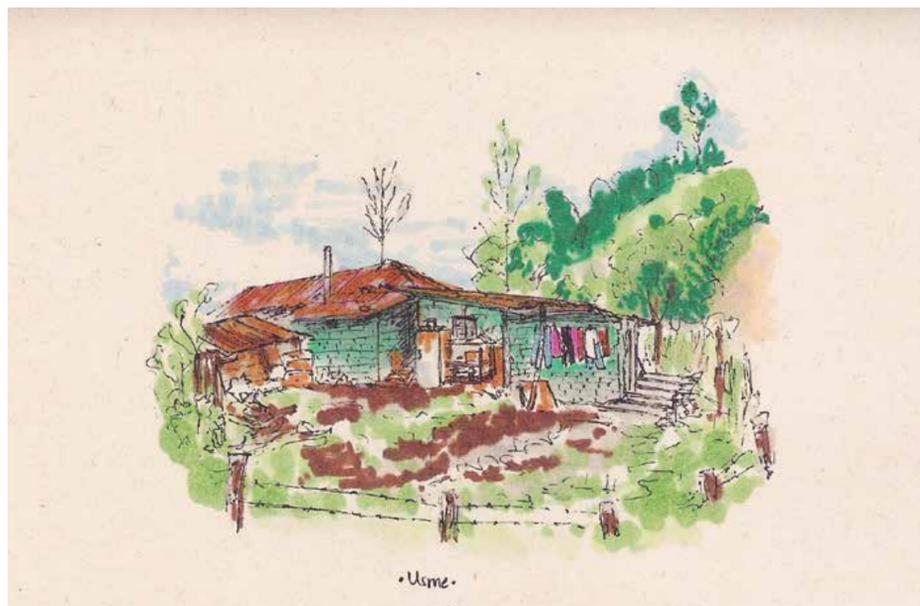
que fuera un clavamista espontáneo, de esos que vuelven siempre para tirarse otra vez al mismo río. Y como este no regresó, el mesero abrió el envoltorio: era la propia lápida del que saltó al abismo; en ella se leía un nombre y el epitafio: "Ahora sí pueden reírse".

La lápida existe aún en ese cementerio que queda justo al lado del puente. El viajero dudoso la puede buscar, si acaso pasa por Puerto Valdivia y quiere bajarse a estirar los huesos, o a tomarse el arranque.

Ese es uno de aquellos cementerios para visitar en vida. A veces son los únicos sitios de interés en los pueblos que parecen quedar más allá de los confines. La gente lo frecuenta aunque no tenga a nadie enterrado allí, solo por curiosidad filosófica, para gozar del privilegio de sentirse más vivos, y hasta para hacer vainas que solo harían los poetas románticos del siglo XIX, o los

**El Túnel**  
Café y Cocina

Lunes - Sábado  
12:00 m. a 10:00 p.m.  
Cra 42 #54-62  
Teléfono: 2396536



Bajo el título de *¡Salud y pesetas!* agrupó Rocío Vélez de Piedrahíta dos crónicas médicas escritas a finales de los cincuenta. Publicamos *Infarto* como un homenaje a la autora, al juego de mesa y a su resistente corazón. Y como una forma de completar el diminuto vademécum de sus historias médicas. Pocos nos hacen reír y pensar escribiendo desde la cama del hospital.

# INFARTO

Hace tres meses me dio un infarto. En parte porque fue una experiencia inolvidable, en parte porque los médicos no me permiten hacer casi nada, he decidido anotar los recuerdos más salientes de mi enfermedad y que son por cierto los más inesperados.

Estaba yo buena y sana un jueves por la tarde, cuando salí para la casa de mi amiga Rosita que me había invitado a jugar canastas y a tomar té. A mí me encanta jugar cartas con las señoras que no son muy expertas con los naipes. Juego despacio, con todo cuidado, se equivocan de carta, permiten comentarios ajenos al juego, y sobre todo, no se enojan conmigo cuando doy el morro, ni me preguntan después de jugar toda una tarde, por qué durante la primera partida tiré la jota de trébol teniendo el nueve de diamantes. Nunca he sido capaz de explicar el por qué de mis jugadas tres horas después de haberlas hecho.

Pero indudablemente aquel jueves estaba yo de malas y llegué donde Rosita en el momento preciso en que Emilia, Amalia y Amelia esperaban a que entrara una persona que les hiciera cuarto. En cuanto me vieron llegar, se instalaron y empezaron a repartir sin darme tiempo de saludar a Rosita, ni de quitarme el sombrero. Recogieron las cartas, las abrieron en abanico y con rapidez vertiginosa empezaron a moverlas de un lado para otro; antes de que yo hubiera acabado de recoger las mías, ellas ya estaban listas para empezar, por no decir, para tenderse. Comprendí que Emilia, Amalia y Amelia eran veteranas. Cerré un momento los ojos, recé una jaculatoria a Santa Rita que es la abogada de las causas perdidas; me puse los anteojos, aparté el cenicero, el carriel, los guantes, en fin, cualquier objeto que pudiera distraerme o estorbar mis movimientos; agucé la memoria, el ojo, el oído, los dedos, y empecé a jugar. En un momento se llenó la mesa de canastas de todas las pintas, clases y condiciones. Yo a duras penas alcanzaba a medio escoger una cartica para tirar y nunca me daban tiempo de acabar de organizar mi juego para tenderme. Cuando por fin creí que iba a poner algo sobre la mesa, una de mis compañeras se tendió del todo y empezaron las tres a contar como máquinas calculadoras: hacían morritos de cartas, sumaban, restaban. Amelia que era mi compañera, acabó primero que las otras y sin decirme una palabra me arrebató el juego, lo contó, apuntó, repartió y me encontré nuevamente con un paquete de cartas entre las manos. Mi tiro de jugadoras parecía de afán y me recordaban a esos niños que en lugar de saborearse un caramelo, lo muerden y se lo tragan ligero para poderse comer otro.

Durante más o menos media hora, seguí con todas mis potencias y sentidos concentrados en amortiguar el malestar evidente que sentían mis compañeras al verse abocadas a tener que pasar toda la tarde con una jugadora tan lenta y tan mediocre como yo.

Pero he aquí que las jugadoras de la mesa vecina, que eran del género lento y charlatán iniciaron una conversación a media voz y por el tono y el modo como trataban el tema, comprendí que se trataba de algo sensacional. Me avergüenza decirlo, pero la única tentación que no he logrado resistir nunca es la de intervenir en una conversación que tenga por base un chisme sensacional. Yo soporto el frío, el calor, el sueño y el hambre. Puedo madrugar, trasnochar con enfermos, velar a un muerto, ayunar a pan y agua meses enteros, pero dejar de emitir mi opinión sobre la vida privada de personas que no conozco o sobre hechos que no me constan, eso ¡jamás!

Imagínense el esfuerzo inaudito que tuve que hacer desde ese momento en adelante para atender al cuento y tratar de satisfacer a mis veloces compañeras. De las palabras que lograba entresacar, deduje que se trataba de algo gravísimo que dizque había ocurrido en un club, por culpa de unos diminutos shorts que se había puesto Pepita, la amiga de mi hija Carolina. Yo sé que Pepita no usa shorts porque el papá no la deja, pero cuando logré sacar un momentico para aclarar este punto, los tales calzoncitos ya no le interesaban a nadie. No entendí y creo que jamás podré averiguar cómo llegaron mis amigas a la conclusión de que la culpa del tamaño de los shorts de Pepita, la tenía una señora que yo no conocía, pero de la cual me pude formar una idea muy exacta, por los muchos datos que aportaron varias señoras que eran amigas íntimas de la víctima y que nos relataron en pormenor las confidencias que aquella les había hecho en sus momentos de desahogo. Créanlo Uds. o no, aquella reunión de señoras de aspecto tan inofensivo, todas buenas católicas, de misa y comunión diaria, so pretexto de que la aguadísima vida sentimental de aquella desventurada señora era del dominio público, que nada nuevo estaban diciendo, y que aquella honra mustia y vacilante ya nada tenía que perder, la volvieron trizas a ella y a todas las personas directa o indirectamente relacionadas con su vida. La conversación se agitó a tal extremo, que las jugadoras de las demás mesas (excepto Emilia, Amalia y Amelia, naturalmente), suspendieron temporalmente la partida para aportar a voz en cuello todos los datos que tenían al respecto. Se pasó luego a una crítica minuciosa y detallada de las comunidades religiosas y del clero en general. Afortunadamente no había en aquella reunión ninguna señora protestante y las ventanas que daban a la calle estaban cerradas porque este tema se trató sin el menor respeto y con lujo de detalles.

Como Emilia, Amalia y Amelia seguían, dele que dele, sin darme un momento de descanso, no supe cómo pasamos a hablar de lo egoísta que era Julia (una amiga nuestra) porque no daba la receta de merengues con crema correctamente. De repente sentí la cabeza un poco pesada y se me nubló la vista. Traté de olvidar los sermones, los



merengues, la vida amorosa de la señora que no conocía y haciendo un esfuerzo sobrehumano cogí una K de corazón y la tiré. Mis tres compañeras me miraron atónitas y exclamaron con indignación: "¡el morro!". Miré el morro: alcancé a comprender vagamente que lo había dado, y sin más, caí al suelo sin sentido.

Rosita llamó a un médico que se presentó al instante y diagnosticó un infarto, con lo cual me llevaron cuidadosamente a una clínica y las veinte señoras del costurero se separaron en medio de la más grande excitación. Media hora más tarde, doscientas mil personas sabían y con lujo de detalles, que yo tenía un infarto, por qué tenía infarto y que lo más probable era que me muriera esa misma noche.

Estoy segura de que los médicos, las enfermeras y los demás miembros del personal de la clínica, no olvidarán nunca los veinte días que pasé en su establecimiento.

Yo tengo seis hermanos; eso no es mucho, pero como cada uno de ellos tiene una esposa y seis o siete hijos, algunos casados; y como Diego por su lado tiene ocho hermanos también casados y con sus medias docenas de hijos; como entre los dos juntamos veinte tíos con sus respectivas cónyuges; añádate a esto que tenemos parientes en segundo grado y muchas personas que nos quieren o que nos deben atenciones y se comprenderá fácilmente por qué el ascensor de la clínica no daba abasto aquella noche sino para subir y bajar a mis visitantes. Como mi enfermedad no daba tiempo para roncos y la noticia que cundió era la de que me iba a morir de un momento a otro, todo aquel gentío se precipitó a hacer acto de presencia: llenaron las salas de espera, el hall, los pasillos, las escaleras. El servicio se dificultó, el teléfono quedó inutilizado y el ruido se hizo insostenible. Cada persona creía que estaba hablando muy bajo, pero aquel enjambre caminando, moviéndose y susurrando, producía inevitablemente algo más que un rúnrún. A las nueve de la noche, en vista de que no me moría y de que la espera iba a ser larga y monótona, una cuñada tuvo la peregrina idea de traer de su casa una cafetera automática, de esas que silban cuando el agua hierve. Como no trajó ni cucharitas, ni azúcar, ni agua, ni pocillos, atajaban a toda enfermera que pasaba y le pedían "un pocillito, si me hace el favor"; pero cuando la señorita traía el pocillito en cuestión, le pedía otro y otro, hasta tener en uso toda la vajilla de la clínica y en movimiento a todo el personal. Por fin a eso de las once ó doce, un médico tuvo la genial idea de anunciar que yo tal vez

## por ROCÍO VÉLEZ DE PIEDRAHÍTA

Ilustración: Alejandra Congote

aguantaba la noche sin morirme, con lo cual se disolvió la asamblea. Según me cuentan, esta escena se repitió con ligeras variantes, durante todo el día y la noche siguiente, pero yo no me di cuenta de nada. Recobré el conocimiento cuando vinieron a componer el ascensor de la clínica que por descuido del arquitecto, quedaba frente a mi cuarto y que tenía un daño muy raro que no se arreglaba sino a golpes de martillo. Mi médico, que por lo demás me dejó muy satisfecha y agradecida, tuvo la ocurrencia de anunciar que yo ya había recobrado el conocimiento; inmediatamente todo el mundo quiso "entrar un instantico a darme un saludito".

Los compañeros de clase de mis hijos venían por grupos para ver cómo era una señora con infarto y qué cara hacen los que se les está muriendo la mamá. Empezaron a desfilar por mi estrecha alcoba, docenas y más docenas de personas que se ponían a mis órdenes "para cualquier cosita que se te ocurra". Recuerdo vagamente que varias señoras me preguntaron yo qué podía comer: contesté que no tenía ni la menor idea, que creía que un poco de oxígeno. Una me llevó un frasco de jalea de moras porque al marido de ella cuando lo operaron del apéndice le encantaba.

Algunos visitantes (hombres por lo general) le decían jovialmente a Diego que no se preocupara que con los nuevos adelantos de la medicina, infarto era una cosa sin importancia. Otros, (mujeres por lo general), con los ojos aguados y la voz trémula, nos recomendaban valor y sometimiento a la voluntad Divina. Muchísima gente, de ambos sexos, quería saber en detalle todo lo que yo había sentido los días anteriores al ataque para estar seguros de que a ellos no les estaba pasando nada semejante. También me trajeron muchas reliquias y cada cual me aseguraba que como mi caso era desesperado, si me aliviaba era un milagro patente de su Santo.

No me explico por qué los directores de las clínicas, conociendo nuestro medio y las costumbres locales, no han organizado un servicio de información en cada piso, que pueda decir a todo el que llega en qué estado se encuentra el enfermo que le interesa y anotar los nombres de los visitantes para pasar la lista a los familiares del paciente. Por difícil que parezca esta medida, resultaría sencilla si se compara con el ruido y el desorden que causan esas animadas tertulias que dificultan el servicio y perjudican a los pacientes.

Mientras estuve en peligro de muerte, las enfermeras se peleaban el privilegio de atenderme. Eran un montón de muchachitas disfrazadas de enfermeras, con zapatos de tenis, que no lograban acostumbrarse a tener la muerte tan cerca y entraban constantemente a curiosarse. Examinaban detenidamente a Diego, a mis hijos, mi ropa, etc. A cada momento encontraban un pretexto nuevo para asomarse y traían compañeras de otros pisos que todavía no conocían "infartos".

Una noche, a eso de las 9 p. m., no me explico por qué, me quedé un rato sola y pude oír la conversación de dos enfermeras que se sentaron junto a mi puerta a cambiar sus impresiones.

—No querida, ¡qué opinas del gentío que viene a ver esta señora! Yo creo que ha venido más gente que cuando operaron a la del 320. Discutieron acaloradamente si se iba a morir primero la del 320 o yo, cuál enfermedad les parecía peor, de cuál preferirían morir y cuál de las dos enfermas les parecía más necia y quejumbrosa. Luego pasaron a detallar el vestido, peinado y maquillaje de mis amigas y parientas. Estuvieron, eso sí, de acuerdo, en que mi sobrino Carlos era el hombre más buen mozo que habían visto, que si volvía al día siguiente se morirían y que con un hombre así se querían casar. Luego se quejaron del quehacer que tenían por culpa mía. Parece que la pelotera tenía recargado de trabajo el personal de ese piso, desordenado el servicio, y malhumorada a la monja. Los enfermos del 322 y 323 se habían quejado del ruido y de que mis visitantes, por error o por curiosidad, se les entraban a las piezas. Los niños parecían exhaustos, Diego incómodo, mis vecinos descontentos, las visitas desconcertadas.

Entonces sucedió lo peor de todo: empecé a darme pena de no morirme. Yo había arreglado mis cuentas con Dios Nuestro Señor y había aceptado de antemano todo lo que tuviera a bien resolver; ahora me puse a rogarle que resolviera pronto lo que fuera, porque si esa situación se prolongaba, mis hijos iban a perder el año, yo iba a perder a mis amigos, y Diego iba a perder el empleo.

El Señor en su infinita misericordia resolvió que yo siguiera viva. Ya en mi casa, empecé a devolver las reliquias y las bandejas en que mandaban bizcochos y dulces muy buenos para la digestión pero que mi médico no me dejaba comer. Fascinaban, eso sí, a los niños y a las visitas que llegaban por oleadas a la hora del té, a pesar de que el doctor no se cansaba de repetir que yo no podía hablar y que necesitaba un descanso absoluto. El día que me levanté por primera vez, la dentrodera me dijo de buen modo, pero perentoriamente, que si me daba otro infarto, ella se iba.

Supe que estaba definitivamente fuera de peligro el día en que Diego se sentó en la cama y me dijo: "mira mijita, ¿tú sabes por casualidad, dónde están mis mancornas redondas, que lo que hace que estás en la cama no las he podido encontrar...?". Yo le dije que tal vez pudieran estar en el cofre en donde las guarda hace diez años. Y efectivamente, allí aparecieron. Supe después que las había buscado durante un mes por toda la casa sin poderse imaginar dónde las habría escondido yo antes de irme a tomar el té donde Rosita. ●



## Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

## MINISTROS SIN CARTERA

Presenta Televisión Española la serie *El ministerio del tiempo* (Marc Vigil se llama el director), auténtico regalo para quienes gustamos de perderlo en esas fantasías. Un grupo de voluntarios, reclutados de distintas épocas, viajan por el tiempo de España, deshaciendo entuertos; deben ser entuertos, dígame así, menores. No puede este ministerio cambiar la historia, pero sí ayudar un poco a que las cosas vayan por buen curso: que el joven Lope de Vega no se embarque en un navío destinado al naufragio, que un prometedor pintor Picasso firme una hoja que autorizará, cien años después, la llegada del *Guernica* al Reina Sofía.

La serie es compleja, los libretos elaborados, buscando una cierta lógica que suene de algún modo coherente. Los protagonistas viven situaciones que te atrapan en su delirio: Julián —estamos en el 2015— se escapa del ministerio hasta el 2012, para volver a estar con una joven a la que amó con locura, y que morirá un poco después en un accidente. Ella, por supuesto, no lo sabe; él, una vez remitido a ese año, tampoco.

En la próxima entrega, algunos de ellos viajarán a La Residencia de Estudiantes (Madrid, 1934), habitada entre otros por García Lorca, Buñuel, Dalí y hasta Pepín Bello, quien ya estuvo alguna vez en este zarzo. No sé las razones que los llevarán allá, qué entuerto deberán enderezar, pero espero saberlo, si Dios me da vida. Lunes, 7:30 p. m., canal 98. Os invito.

Y bien, me viene esto a cuento porque estoy preparando un cancionero de vejez colombianas, e, inspirado por la serie, se me despertó el deseo de ir al Medellín de los años veinte, para oír a dos duetos legendarios (Martínez Trespalacios y Blumen Trespalacios), de los que no quedó grabación alguna. Consignaré con disimulo esas voces, en un discreto casete de los de ahora, y volveré a mi zarzo.

El problema es que no puedo contar a nadie mi aventura, por razones obvias, y debo resignarme a disfrutar a solas ese tesoro. No era mi idea, valga la verdad; no podría disfrutar así. Pensándolo bien, haré una escala en mi viaje de regreso, y le entregaré la cinta a Hernán Restrepo Duque, dos o tres años antes de su muerte. Él sabrá qué hacer.

## CODA

*La sal de la tierra* es un documental dirigido por Wim Wenders y Juliano Ribeiro Salgado, hijo del protagonista, el fotógrafo brasileiro Sebastião Salgado. Muestra el filme las muchas andanzas de este hombre admirable, viajero impenitente, a lo largo y ancho del mundo. Su cámara constató y consignó durante muchos años momentos terribles de la crueldad humana, en África, en Asia, en Europa. Asqueado, encontró una suerte de redención en la naturaleza, y se dedica ahora a retratar paisajes semivirgenes, en imágenes de una belleza casi abrumadora. Siempre lo ha apoyado su esposa Lelia, la perfecta casada. ●

CIRUGÍA  
CON LÁSER

DR. GUSTAVO AGUIRRE  
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

Clínica SOMA • Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Esta es la historia de un caraqueño que se parece al Che Guevara y aunque ya tiene más de cincuenta, y cada vez se parece menos, sigue comprometido con su papel. No le importa que todos quieran ver en él a ese de boina negra, pelo esponjado sobre las orejas y los mismos veintinueve años que todos conocemos. La historia resultaría triste si Humberto solo hiciera por parecerse a una foto, pero el destino y la suerte histórica de su personaje en la Venezuela bolivariana le deparan diversos papeles y funciones, y así el personaje le aumenta historia a la persona y la foto de Ernesto perfila la figura de Humberto.

Humberto López se parece al Che Guevara desde siempre. Muestra dos fotos: una suya y otra del guerrillero, ambos a la edad de doce años, y queda probado que no es invención ni moda. Nació en el 23 de Enero, “barrio revolucionario desde antes que Chávez existiera”, repite todo el que quiere decir algo sobre este lugar, de modo que allí, con los desinteresados y dispuestos amigos de los diecisiete años, tuvo la revelación del Che Guevara y de su figura reaparecida en la de él mismo. Desde entonces usa barba, pelo largo y mantiene el estilacho militar de su vestimenta. El tabaco vino después, pero es solo un adorno para acentuar el parecido, él no fuma.

La figura del Che Guevara, ya muerto, creció por el mundo y se hizo legendaria. Entre tanto, Humberto crecía debajo de su sombra mítica. Pero de parecerse al Che no sacaba más que eso: parecerse al Che, una lisonja instantánea que solo servía para revelar su orientación política. Años después, cuando en Venezuela se hablaba de socialismo por toda parte, Humberto empezó a ser más Che que antes y a serlo de formas distintas. No importaba su cara larga contra la cara redonda del héroe. No importaba que la mirada del legendario fuera y viniera de más lejos. No importaban las diferencias sino el símbolo, y el símbolo, que siempre es generoso, hizo innecesario lo que le faltaba a Humberto, y vistoso y cierto lo que podía ostentar.

Dice que está viviendo lo que siempre quiso vivir. Sonríe seguro y dispuesto mientras explica que ser la imagen del Che es mejor idea que representar a Superman o a Batman. Es alto, las botas a medio pie lo elevan un poco más. Las facciones muy definidas, rudas. La barba pulcramente recortada y con esmerada motica de pelos debajo del labio. Es mecánico autodidacta.

El 28 de enero de 2010 a las cinco de la tarde sonó su celular. Humberto siempre contesta. Pero cuando no lo hace, quien lo llama escucha un mensaje inequívoco: “¡Socialismo o muerte. Venceremos!”. Esta vez soltó el tabaco y contestó. “Dígame”. No había brusquedad, sorpresa ni admiración en su voz determinada por ese borde delicado, casi afeminado, que tiene la voz de los caraqueños. Era una mujer desde alguno de los cerros de El Valle, al sur de Caracas. Quería que los acompañara el martes siguiente en la Mesa Técnica Comunitaria de su barrio. Ese día los visitaría un diputado chavista. Para ellos sería muy importante, además de inolvidable, que él los acompañara. El Che no conocía a la mujer ni al político y del lugar solo sabía que era peligroso. Asuntos para cotejar, pues ser el Che Venezolano le registra buen número de enemigos desconocidos. En internet, periódicos y noticieros lo adjetivan: payaso, ridículo, empleado de la revolución, escoria, demente, irrespetuoso, pantallero, drogadicto, borracho y hasta preguntan si no hay quién lo quiera matar. Dice que no le importa lo que piensen, sin embargo, un día decidió responderles por internet: “A toditos juntos: cuerda de valientes mediáticos los reto a toditos juntos en el mirador de la Cota Mil a las doce de la noche y lleven las armas que quieran el día que quieran

# ¡Miren al Che!

por CARLOS SÁNCHEZ OCAMPO

Fotografías por el autor



sin llevar a su mamá y a su papá y serán historia”. Agregó foto de masacrados en Irak, con la leyenda: “Así quedaron los últimos que me desafiaron”. Ahora, un año después, se ríe contándolo.

Pero él ha hecho acompañamientos semejantes y dijo que sí sin demasiadas vueltas. “Listo camarada. Me llamas después, eh... para confirmar”. Apagó la cajita color plomo, muy gastada. Mientras la guardaba dijo: “Esto lo tengo porque solo es apretar un botón”. Retocó la frase con gesto de desagrado consentido y pareció quedar en paz y justificado ante la historia universal, es decir, ante la última tecnología y ante el cacique Chacao. El Che Guevara y Simón Bolívar lo miraron varias veces desde una pared.

Estábamos en su casa en las faldas del Ávila tutelar, al oeste profundo de Caracas. Un barrio de los años cincuenta con mucha domesticidad, colores y peligros expuestos. Allí vive con su compañera y tres de sus seis hijos. El más pequeño, de tres años, se llama como quisiera llamarse su padre: Humberto Che López. Luchadores de muchas revoluciones llenan una pared de la sala. Otra pared está pintada con manchas cafés, verdes, negras como una tela militar. En el resto del salón hay gorras, banderas, llaveros, boinas rojas y negras, cuchillos, balas, mapas, escudos de Venezuela. Dos espadas que él mismo forjó están cruzadas y Bolívar, muy pensativo entre ellas.

Todo sitio de su casa revela y define a Humberto. En una salita interior hay un cuadro de Chávez prisionero. Está vestido con esmero de seminarista. Comedidamente arrodillado en el piso de su celda, la boina roja en el suelo, la cama sin tender, los brazos y la mirada dirigidos al techo, donde, parido por una nube, el Libertador hace esfuerzos inmarcesibles por bajarle la espada hasta ese lugar interminablemente humano. Desde otra nube, Dios mismo laburando vigila que la historia nazca bien.

En el barranco donde se apoya su casa, cavó una gruta para que moren en ella otros héroes y compromisos que también conoce. Allí se refugia, medita, ora ante una cofradía de indígenas que lucharon contra invasores: Guaicupuro, Paramaconi, Murachi, Chacao, Arichuna, Jerónimo, Aguila Blanca. Los acompaña don Juan Tabaco, don Juan Retornado, la India Tibisay, “buena para domar amores”, y también el Libertador Simón Bolívar en su versión milagrera. El Che me los presenta uno a uno.

Una noche, hace años, mientras repetía oraciones a sus manes, sintió el apremio de escribir una para el Che Guevara y resultó que antes de tener un pedazo de papel y un lápiz en la mano, ya la tenía enterita en la tela del pensamiento. Fue un dictado, dice, y enseguida, mostrando el brazo: “Mira hermano, se me crisan los pelos de contarte eso”. Veo los poros hinchados y los vellos despiertos, erizados. Y al menos otra vez, en el transcurso de nuestras conversaciones, le sucederá lo mismo.

“Oh espíritu poderoso y valeroso de Ernesto Guevara ‘El Che’, tú que luchaste en las montañas y tu ideología revolucionaria luchadora de igualdad, tú que fuiste y abandonaste todo por una causa: la revolución de los pueblos y la libertad de los oprimidos y de los más necesitados, tú que fuiste revolucionario que con amor guiabas tus tropas en las luchas por la igualdad de los derechos y la libertad.

Yo invoco a tu espíritu desafiador de entuertos para que me proteja de los enemigos traidores, engaños, calumniadores, emboscadores y farsantes en nombre de Dios Todopoderoso y María Santísima.

Con el permiso de mi Dios Todopoderoso de las montañas, de la naturaleza, de los ríos, invoco al ‘Comandante Che Guevara’ con su espíritu triunfador y luchador para vencer a mis enemigos.

Se enciende una vela azul y se fuma un tabaco con el anillo”

—¿Por qué azul la vela, Humberto?  
—Porque el azul es profundidad.  
—¿Y por qué el tabaco con el anillo?  
—Porque el Che los fumaba así.

El martes pactado llegó a El Valle una hora más tarde de la indicada. Montaba una motocicleta Yamaha imitación Harley. Alforjas negras tachonadas de estoperoles plateados, tiras de cuero en los manubrios y vestido a usanza militar. Sabiendo que guerra avisada no mata soldado y siendo más realista que comunista, llevó a un compañero dispuesto a algo más que una foto. Como mi propósito era ver y preguntar su vida, me había invitado: “Sería bueno que estuvieras”.

La reunión era en un tercer piso. Subió las escaleras apresuradamente, se acercó resoplando ante la puerta abierta del salón, la transpuso y apareció sonriente ante la gente. Los aplausos estallaron cuando todavía estaba en la puerta. El político interrumpió su charla y agradeció su presencia. El rostro de cada concurrente se expandió. El Che Venezolano era aplaudido por todos. Tenía los brazos en alto y con ese ademán hacía tres cosas: saludaba, recibía el agasajo y pedía que terminaran de saludarlo, que ya era suficiente. Saludó con dos palabras: “Patria y revolución”. Peroró brevemente: La revolución era muy difícil, necesitaba la participación de todos, tenía muchos enemigos, ellos mismos, él, podían ser ese enemigo si no tenían compañerismo y unidad. Mientras hablaba abría los brazos y se veía más grande en su traje camuflado. Respaldo al diputado con algo más que su popular presencia: “Todos deben apoyarlo. La revolución necesita muchos como él”. Llevaba la boina negra que él mismo hizo, la guerrera abierta y debajo una camiseta roja sin leyendas. En el cuello el collar protector de cinco nudos que él mismo “trabajó”. Cada nudo un héroe de la Independencia: “Bolívar, de quien seguimos sus pasos. Sucre, su hijo predilecto. Miranda, el verdadero padre de la Independencia. Zamora, que quiso cumplir la ilusión de Bolívar, y Ribas, que fue un muchacho comandando muchos. No es superstición, hermanito, es ideología espiritual”. En estuchitos adheridos al cinturón cargaba una copia diminuta de la constitución, un discurso de Fidel Castro: *Seamos como el Che*, un encendedor Zippo, un llavero, el celular. En la bota izquierda una cartuchera para cuchillo. Tiene cinco cuchillos, uno para cada par de botas.

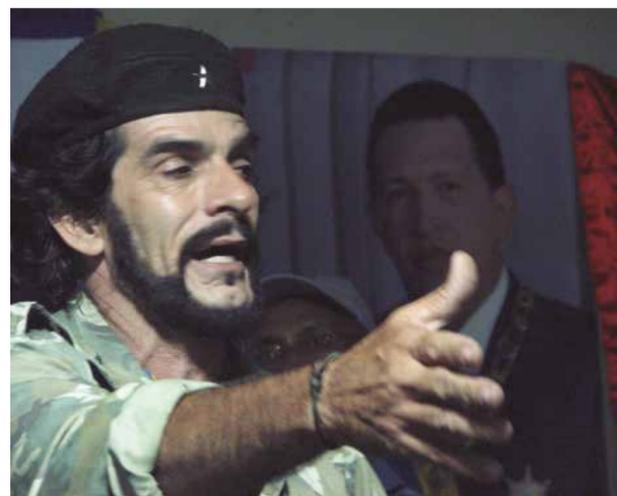
Ese martes algunos querían una foto con él. Es algo que ya conoce. Los celulares y su ofrecimiento fotográfico aportan suerte histórica a su personaje. Dos señoras, él en medio abrazándolas por los hombros. Una colegiala parada a su lado. Un muchacho estrechándole la mano. Un señor con un niño de tres años en brazos. El Che posa para todos. Al niño le dio una recomendación: “Vas a jugar, pero también vas a estudiar. Eso es lo que te abrirá los caminos, oíste. Toda la vida te vas acordar de esto”. El pequeño lo miró indiferente, sin memoria ni agradecimiento.

Una semana después lo llamé y quedamos en vernos al día siguiente. Me recogería a las diez de la mañana en la estación del metro Agua Salud. Me invitaba a La Piedrita, el barrio más revolucionario de Venezuela, tanto que llega a ser piedra en el zapato del gobierno revolucionario. Habría un acto con médicos cubanos. “Sería interesante que lo vieras”. Ese día, después de media hora de espera lo llamé. Ya sentía frustradas las infulas con que decoraba esa jornada periodística montado en su poderosa Yamaha.

—Hola Humberto. Te habla Carlos.  
—Qué tal hermanito. ¿Cómo estás tú?  
—Bien, bien. Estoy aquí en Agua Salud.  
—Voy bajando, hermanito, espérame.  
—Listo. Te espero en el sitio de los mototaxistas.

Quince minutos después lo vi venir entre carros y motos por la avenida Sucre. Venía por el lado contrario a la parada. Necesitaría una maniobra para recogerme. No venía en la moto, sino conduciendo un jeep Willys, verde militar, descapotado. Me olvidé, pues, de la moto y ya me sentía compartiendo el verde oliva del jeep cuando lo vi pasar frente a mí sin siquiera sonar la bocina. Un carro veloz entre otros carros veloces. En la parte alta del parabrisas alcancé a leer tres palabras: Patria, socialismo o muerte. Pensé que más abajo daría la vuelta y regresaría por el lado de la parada, pero pasaron quince minutos más y no apareció. Lo llamé. Me ofreció disculpas. Declaró que con el afán que tenía se le pasó recogerme. Que dónde estaba. Que me quedara ahí. Que ya iban por mí. “Disculpa hermanito”. A los pocos minutos apareció la moto con estrella roja que me había indicado. Me monté y naturalmente intenté frasear algo con el piloto, pero resultó hermético como un poste de alumbrado, así que no hice más preguntas y me limité a disfrutar del viento. No era lejos y muy pronto entramos por una calle que se cerró ante un gran portón de malla metálica. Del otro lado abrieron y así entramos a La Piedrita.

En el acto hubo reconocimientos, discursos, cantos, bailes. En ninguno participó el Che, pero su presencia era un suceso tan suficiente que algunos con tomarse una foto al lado suyo lograban el mayor recuerdo de ese



día. Siempre hubo corrillos a su lado, le recordaban compromisos, pactaban nuevos tratos, le entregaban papeles. Apenas pudimos hablar, así que debí contentarme con esa manera de oír a una persona que es verla. Como además él debía atender una reunión a la una de la tarde, quedamos en vernos el martes a las diez y treinta también en Agua Salud.

Esa vez llegó muy serio y posicionado en su jeep. El tabaco apagado en la boca. Subí. Me saludó apretando mi mano con sus dos manos grandes, nervudas. Su anillo de plata tallado con lenguas de fuego brilló en medio de los dedos. El Che sonrió a un lado de su tabaco y despegamos de ahí. Bajamos por la avenida Sucre hacia el propio centro de Caracas. Ir en ese carrito descapotado era una celebración. El Che casi manejaba con una mano porque la otra debía ocuparla en responder los saludos que brotaban a los lados. Camionetas, automóviles, motociclistas pitaban, saludaban. Desde las aceras salían gritos: “¡Miren al Che!”. Casi no los oíamos porque llevábamos la voz de Alf Primera cantando el Himno Nacional a volumen de campaña. “Solo con su canto es el ideólogo de esta revolución, más que Chávez, oíste”. Dos guardas de tránsito levantaron sus manos para saludarlo. El Che respondió: “¡Epa comando!”. En una esquina de El Calvario, mientras la pausa de un semáforo, un mendigo se acercó muleteando en un palo forrado con trapos: “Che, dame ahí una bomba”, dijo, muy seguro de sí. El Che sonrió y le pasó un billete de dos bolívares, casi medio dólar. El hombre se retiró a la acera sin agradecer. Desde el jeep el mundo de afuera era un manantial de saludos fugaces. Solo el Che era nítido y con la suficiente quietud para obtener algún poder de la situación. También hubo bien expresadas miradas de odio porque la acera que se deslizaba ante

nosotros era un espejo del proceso que divide al país.

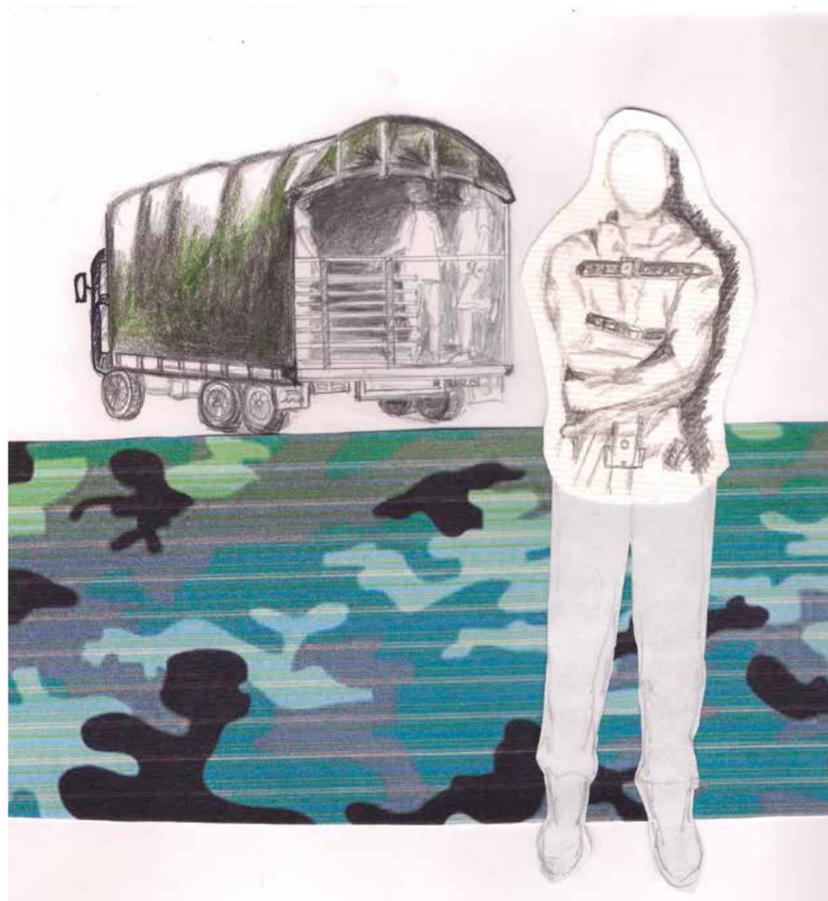
Íbamos para la oficina de Protección Civil del Distrito. La misión: una silla de ruedas para una anciana de su barrio. El Che hace esa clase de favores: consigue citas, cupos, trabajos. Conoce las necesidades y sabe las puertas donde está la solución, entonces toma los atajos. No lo hacía por candidato a algo, que le pidan un favor y poder cumplirlo lo regocija: “Porque ahí trabaja la esperanza, hermanito”. Y también lo hace porque son favores antiburocráticos. Para él se trata de eso, de burlarse de la burocracia. “Hay tanta que habrá que darle un día de almanaque al revolucionario búrocrata”, ironiza. En aquella oficina no tenían la silla pero el director, su amigo de abrazo y tira de chismes, le dijo dónde. El Che agradeció al amigo que lo ayudaba a ser el Che y salimos de ahí.

Pero a veces no puede ir él mismo al lugar donde se aletarga la solución de algo. En esos casos entrega al necesitado un papel en blanco con un sello redondo color rojo. Arriba se lee: Che Venezolano, abajo C.B.R. y le indica a la persona dónde debe ir. Las tres letras unas veces significan Comando Bolivariano de Resistencia, pero otras, sobre todo en esos papeliticos, significan, Contra Burocratismo Revolucionario.

—¿Y da resultado ese sello?

—No siempre, pero a veces sí. Tres letras solitas asustan a un burócrata.

Se ríe, pone su mano en mi hombro. “Poco a poco hermanito, cada uno hacemos un poquito”. Y enciende por enésima vez su tabaco babeado y me mira complacido de ser el Che y de vivir aquí donde su personaje le da tanta vida a su persona. Sabe que al símbolo le sobran vida y salud, mientras el tiempo se los arrebatara a él. Sabe que ese es su poquito. ☺



por SIMÓN MURILLO

Ilustración: Verónica Velásquez

## Inteligencia militar

Los primeros de enero, días del sancocho legendario en la casa de mi papá, los pasaba jugando Play en la pieza de mi primo punkero, con otro primo, que no era solo otro primo sino mi primo. Entre la prole de primos David fue el único coherente, el único niño que existía entre mareas de adulta aburrición. Desde chiquito le gustaron los modelos mecánicos, construir cosas con las manos, y la naturaleza. No me sorprendió que acabara estudiando física en la Universidad de Antioquia, porque fue mi primer encuentro cierto con un alma científica de verdad. David era también políticamente pacifista y, lo más increíble de todo, lo era en la vida real.

El sancocho legendario se hacía en la casa de La Toma donde mi papá creció entre porros y salsa. Las historias de los camajanes de La Toma siempre me han sonado absurdas. En mi mente empañada por la nostalgia, La Toma siempre es vista como tardes soleadas, chancleteo de tías, hiperactiva violencia en GTA Vice City y, por supuesto, música de Buena Vista Social Club de mis tíos, música de Sonic Youth del primo punkero, los cánticos del DIM del tío hinch y los Beatles que nos gustaban a David y a mí como a nadie más.

Eso fue —solo ahora que lo escribo caigo en cuenta— hace mucho tiempo. David ya dejó de ser un niño y se volvió un pelao. Moreno, con gafas, chiquito pero cuajo. Durante los calores de enero asumí la primera responsabilidad de adulto, que no es otra que realizar el primer trámite burocrático de la mayoría de edad: sacar la cédula.

Allí, en medio de la somnolencia, la secretaria de la registraduría le dijo que pasara a la oficina de al lado donde lo esperaba un militar con todos los fierros, con el tintico humeante del buen trabajador mientras conversaba tranquilo, con voz suave e implacables buenas maneras, con otro man que también estuvo de malas. Hablaba con cansancio pero contento. Acostumbrado ya a la rutina de llevarse muchachos para la guerra. David se tragó el discurso del militar, no discutió, y al otro día se presentó a las siete de la mañana en el batallón Miraflores, acompañado de su mamá y armado solamente de *Multiverso*, un libro de ciencia ficción.

Los militares separaron a David de su mamá. En una cancha llena de sillas de plástico y repleta de adolescentes, las mamás miraban a la gran camada a través de las rejas de hierro y pintaban la escena de rojo. Los militares iban llamando uno a uno a los pelaos para que mostraran los documentos. A pesar de haber pasado, David todavía no tenía su matrícula en la de Antioquia, por ese lado no tenía salvoconducto. Mientras tanto, los

militares le decían a las mamás que tranquilas, que todo bien, que se fueran para la casa, que él llegaba después: “nosotros al fin y al cabo somos unos buenos muchachos, le mandamos al hijo sano y usted no va a tener que perder todo el día en estas”.

*Multiverso* es un libro sobre la relación de dos personas que viven en universos diferentes. Para David, fue muy chocante acabarlo frente a las miradas vigilantes de los militares. En cierta forma, la escena evocada en el libro de un progreso tecnológico absurdo ofrecía un violento contraste con la prehistoria brutal de la disciplina militar. Ninguno de los militares lo trató mal, pero flotaba en el aire el secreto a voces de que nadie estaba allí por su propia voluntad. Ni siquiera los militares, que alguna vez debieron pasar por una escena parecida. Ahora se consolaban con la bíblica justificación de que solo cumplían órdenes de arriba. Todos miraban azarados a las mamás, que jamás despegaron el ojo; quién sabe qué hubiera pasado si lo hacían.

Después del examen médico los montaron en la volqueta. Eran ya las cinco de la tarde. David y otros dos fueron seleccionados y acabaron rumbo a la IV Brigada, con sus mamás persiguiéndolos en un taxi. Ya el destino de David era un trámite más, un después. Un militar gordo que conversaba con la odontóloga se quejaba con desánimo de que estos eran los únicos que les quedaban, que ojalá no se los fueran a bajar. Poco después, durante la entrevista con la psicóloga, David le contó que era maniicodepresivo, mientras la miraba con los ojos más tristes que podía inventarse, recitando los nombres de las drogas que se tenía que tomar, relatando con voz arrastrada los latigazos de su vida. Por consejo de su papá, médico casado en segunda nupcias con una psicóloga, decidió que la estrategia para escapar era alegar una enfermedad mental. En la única llamada que alcanzó a recibir antes de que el celular se descargara, su papá le mencionó esa posibilidad y algunos nombres para dar en la pepa. Más tarde, un falso certificado médico llegó a las manos de las autoridades militares: David estaba en tratamiento como paciente maniicodepresivo.

De modo que David volvió a las fiestas de La Toma, a la endémica frustración por el DIM, a los Beatles, a las matemáticas. Atrás quedó uno de los dos pelaos con los que se montó en la volqueta y que jamás paró de llorar. En una confidencia de mamás, se supo que lloraba porque tenía lo que los psicólogos llaman dificultades de aprendizaje, razón suficiente para que, según los militares, se lo llevaran fijo para el monte. ☹

Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia de la Universidad CES,

# muy humana

Pregrado en Medicina Veterinaria y Zootecnia  
Código SNIES: 10923

Maestría en Medicina Veterinaria Equina  
Código SNIES: 101690

Maestría en Medicina Veterinaria de Pequeñas Especies Animales  
Código SNIES: 54128

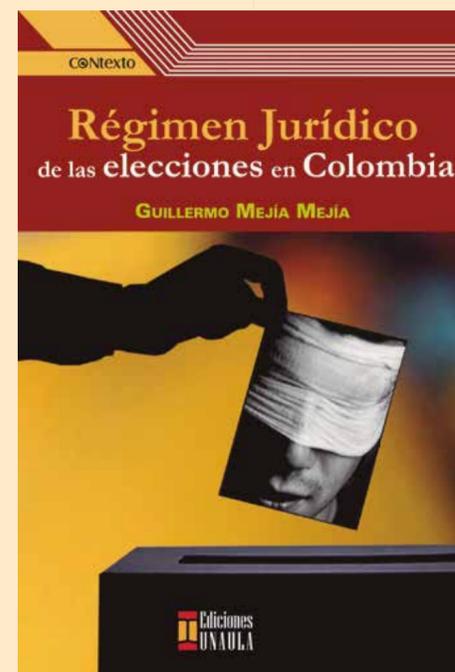
Maestría en Salud y Producción Bovina  
Código SNIES: 103253

"Si la naturaleza fuera banco, ya la habrían salvado"  
Eduardo Galeano (1940 - 2015)

www.ces.edu.co | 444 05 55 - Ext 1237 | Calle 10 A No. 22-04 El Poblado, Medellín - Colombia.

Acreditada con alta calidad

UNIVERSIDAD CES  
Un compromiso con la excelencia  
Resolución del Ministerio de Educación Nacional No. 1371 del 22 de marzo de 2007  
Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia



¡NOVEDAD!

Los ciudadanos, directivos de los partidos políticos, de corporaciones públicas, estudiantes de ciencia política o de derecho, tienen en la obra de GUILLERMO MEJÍA MEJÍA una herramienta útil, texto de consulta obligatoria, en una materia generalmente dispersa, como la electoral, pues su autor ha logrado reunir en ella los elementos esenciales del proceso electoral de Colombia.

Ediciones UNAULA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA LATINOAMERICANA - UNAULA

Facebook: <http://www.facebook.com/FondoEditorialUNAULA>

Catálogo: <http://unaula.edu.co/dependencias/fondoeditorial/colecciones>

De venta en librerías del país y en el Fondo Editorial UNAULA

# Cinco segundos

por SAÚL ÁLVAREZ LARA

Ilustración: Camila López

El Cirrus fue restaurante y bar en la esquina de la calle Maracaibo con la avenida Juan del Corral, detrás del Hotel Nutibara, al inicio de la calle. Más arriba, sobre Maracaibo, estaban el cine Ópera y la Librería Aguirre, y dos cuadras más arriba, la Clínica Medellín y lo que acabó siendo la Avenida Oriental. En esos años, década del sesenta, no había metro, ni Plaza Botero, ni hombres estatua a la espera de una moneda para hacer el movimiento ensayado hasta la memoria. Estaban las palmeras de la Plazuela Nutibara que no parecían haber cambiado, ni crecido, ni desmejorado con los años, siguen iguales, menos en número por el paso del viaducto, pero iguales. Eso creo.

El Cirrus ofrecía en aquellos años lo que hoy se conoce como un corrientazo. Era un restaurante con almuerzo para empleados de la zona que en las noches pasaba a cabaret. Lo digo por la exhibición de botellas, adornos, luces y espejos del mostrador, y por el piano en el rincón más alejado de la puerta, la tarima pequeña que insinuaba el lugar del cantante y la pista, también pequeña, que sugería la posibilidad del baile. Nunca estuve allí de noche pero un cierto ambiente *Casablanca* se sentía en los rincones, mediterráneo, un poco. La penumbra, refrescante al medio día, llegaba hasta las cuatro o cinco puertas sobre la calle Maracaibo, abiertas pero con mesas de banca unida y espaldar alto que impedían la entrada. Los manteles siempre a cuadros, rojos y blancos, la vajilla blanca, las sillas y el resto de la madera azul; las paredes color ladrillo, eran con seguridad lo que contribuía al ambiente de otra parte. A la hora del almuerzo, en lugar de sopa era posible elegir espaguetis. ¿Espaguetis en lugar de sopa? A quién se le ocurriría algo así. También había salsas, boloñesa o napolitana. Lo que parecía una exageración, más tarde lo supe, era una costumbre italiana donde la pasta es una entrada y siempre va acompañada de otro plato: *ossobuco*, filete o lo que el chef propongiera. En El Cirrus después de la pasta venía el seco: arroz, papas, carne y repollo o tomate picado.

Un detalle por fuera de la carta, si así lo pudiéramos llamar, sucedió en una de las puertas del Cirrus, la segunda cuando uno baja por la calle Maracaibo rumbo a la avenida Juan del Corral, un miércoles de septiembre a las 12:45 del día. A esa hora ya habíamos despachado los espaguetis acompañados con salsa napolitana y esperábamos el seco. Silvio, el mesero, estaba desbordado, el tumulto de la hora lo obligaba a ir de un lado para otro esquivando mesas y comensales

con agilidad a prueba de obstáculos; había más gente que de costumbre y los choques de voces, cubiertos, platos y vasos tronaban entre las mesas. Silvio, malabarista en su salsa, llegó con el segundo plato a nuestra mesa.

Para quien baje por Maracaibo mi puesto era el más cercano a la calle en la mesa de la segunda puerta, de allí alcanzaba a ver la gente que subía y la espalda de quienes pasaban rumbo a la avenida. De repente algo enorme se abatió sobre mi plato en el momento mismo que Silvio lo dejó en la mesa frente a mí. Fue lo me quedó grabado en la memoria. Aquella fuerza inesperada, oscura y contundente hizo saltar arroces, hilachas de repollo y puré de papa en todas las direcciones. No tuve tiempo de ver el plato. Lo que quedó después de la ráfaga que lo azotó fue algo parecido a lo que deja un terremoto. Levanté la mirada asustado porque era posible que una

réplica aún más fuerte se presentara y entonces vi la espalda desenfocada, oscura, casi negra, que se alejaba por la calle Maracaibo hacia abajo, rumbo a la esquina de la avenida Juan del Corral donde se detuvo para mirar el lugar de los hechos. Aunque sea con la mirada, siempre se regresa al lugar del crimen. Fueron unos segundos, cinco, diez, máximo quince. Desde la esquina, la silueta oscura, negra por la ropa descajada y sucia, me miró con la picardía del triunfo en sus ojos y la carne que arrancó de mi plato a punto del primer mordisco. No fue la última vez que lo vi. En los más de veinte años que siguieron me crucé con él varias veces y aunque nunca se acordó de mí —no había razón—, yo no olvidé su figura.

Alcides, imagino que era su nombre, vivía en la calle, era un “desechable” aunque en la época de la carne del Cirrus,



nadie los llamaba así, les decían mariguaneros o gamines. Con el tiempo, los cambios de moda, de lenguaje, de costumbres; con la aparición del narcotráfico, el terror y la violencia mafiosa, la gente de la calle quedó valiendo menos que nada y fue entonces cuando los comenzaron a llamar desecharles. Volví a ver a Alcides más de doce años después del miércoles de la carne. El Cirrus había clausurado sus puertas. Me crucé con él en la misma calle Maracaibo dos cuadras más arriba del lugar del crimen, estaba igual, por lo menos su silueta parecía igual, flaco, alto, la expresión de la cara era la misma que ya había visto, fugaz, de mirada maliciosa. La ropa hubiera podido ser la que llevaba doce años antes, descajada y negra por el mugre, estaba sentado sobre cartones en el piso al lado de la puerta de entrada a un edificio; venía de recostarse contra el muro de piedra amarilla pero su cuerpo no parecía en reposo, estaba alerta, quizá esperaba que algo o alguien llegara o pasara cerca, una presa o un enemigo. Recordé la mirada pícaro, la cara de gozo con el pedazo de carne a punto del primer mordisco, era el mismo, a pesar de que la expectativa lo dominaba. Me pareció que entre el miércoles del Cirrus y ese momento, el tiempo se había detenido para él. Lo observé desde la esquina disimulado entre un vendedor de periódicos y un poste del alumbrado público. Recordé el día en que lo vi por primera vez y como en una película vi también pasar su sombra de terremoto.

Alcides apareció como un ancla en el tiempo, fue una sorpresa, en realidad nunca más lo había recordado, con seguridad a él también le habían pasado muchas cosas pero seguía siendo, por lo menos en aire y apariencia, el mismo.

Dejé la ciudad y lo perdí de vista de nuevo, cuando lo volví a ver, otro buen número de años había transcurrido y él seguía igual. Regresé a una Medellín que sí había cambiado, había crecido en habitantes, se había extendido hacia las laderas, era una ciudad donde todo parecía reciente y a veces sin terminar porque nada de lo que significara vestigios de historia o de pasado permanecía. Así desaparecieron calles, barrios, casas, en beneficio de una ciudad más moderna con el pasado enterrado debajo de grandes edificios y unidades residenciales, custodiadas por guardianes armados con escopetas que hacían la ronda y parecían cuidar el futuro. Lo vi un martes o un jueves en la mañana, temprano, en una época en que dos o tres veces al mes, en ocasiones una vez por semana, me encontraba para desayunar en Versalles de Junín, cerca del Parque de Bolívar, con Juan Diego, un amigo escritor que con paciencia escuchaba los argumentos de unos cuentos que iba a escribir, leía los ya escritos, hacía comentarios y estimulaba el paso del imaginario visual al escrito. Fue un jueves o un martes, no recuerdo exactamente el día porque durante esos meses, quizá un par de años, con frecuencia me crucé con Alcides, a veces antes, a veces después de los desayunos literarios. Nunca me miró. Nunca le hablé. Nunca supo que yo era el dueño de la carne aquella. Algunas veces le entregué unas monedas que recibía sin decir palabra.

Las últimas veces que lo vi, me pareció que seguía siendo el mismo solo que ya no era él quien acechaba, parecía convertido en presa. Nunca me crucé con él en un lugar distinto, siempre, desde el miércoles del Cirrus, hasta la última vez, Alcides frecuentó el mismo tramo de cuatro cuadras de la calle Maracaibo. Era su territorio. El tiempo en esa calle se detuvo durante los treinta años que duraron nuestros cruces. Para él, esos años debieron durar lo que duran cinco segundos. UC

Cinco segundos hace parte de *Con los ojos bien abiertos. Cuentos, coincidencias y serendipias.*

Si eres comerciante informal y necesitas invertir en tu negocio de manera segura y con intereses justos:  
¡Aquí hay Oportunidades!

Acércate al Banco de los Pobres El Banco de las Oportunidades y conoce la línea de crédito CrediOportuno

Carlos Alberto Tavera Rodríguez

Visítanos en el sótano del Centro Administrativo Municipal La Alpejarra. Teléfonos: 3834036 - 3855160 - 3857349

Alcaldía de Medellín Medellín todos por la vida



## Ver, Pensar y Hacer

TALLERES DE PINTURA, DIBUJO Y GRABADO

ALBERTO GONZÁLEZ Calle 11A No. 43E-5 · 3<sup>er</sup> piso · 301 Tel. 2 66 10 01 · Cel. 311 219 54 33

Cheesecake

Kaldi Kaffe

Planetario de Medellín entrada principal Tel: 263 2511

Carlos E Restrepo calle 53 # 64A 31 tel: 260 1355

Panadería natural, cafés de origen

Aleman Pues —Restaurante & Cervecería—

Salchichas y cervezas alemanas

Cra 43B No. 11-76 Calle de La Buena Mesa Tel: 268 44 20 - El Poblado

Emborrachémonos muchachos es la enseña. Una gata adorna su bandera. Una cheflera es la corona. Veinticinco años recién cumplidos de El Guanábano. Donde son anfitriones, mecenas y arrendatarios de Universo Centro. Este retrato de cantinero es una manera de celebrar. De brindar por las ánimas del bar.

## A un año de la muerte de mi amigo el cantinero

Después de beber casi un año a destiempo, al fin coincidimos en la barra de su bar. Nos veíamos, claro, una vez a la semana como mínimo; pero cuando yo me dedicaba al ron, la Mona tomaba tisanas con cara de resucitada, y cuando pasaba a saludar caminando derecho como el que confía en sus buenos propósitos, ella estaba de este lado de la barra haciéndose pasar por cualquier cliente, pidiéndole al Rojo, a Érica, a Mágara o a otro de sus lugartenientes, guaro triple tras guaro triple.

Hacia unos meses, después de darle la pelea a un cáncer, se había muerto Jose, que más que un socio fue su amigo del alma, y aunque en el tiempo de la enfermedad —para no contrariar la voluntad del paciente, su empecinada discreción, el carácter que dio tono al bar tantos lunes y domingos— pocos lo visitaron, muchos de los habituales del Guanábano, antes de pedir el primer trago preguntábamos por la salud del cantinero.

En esa época solo lo vi una vez y fue por casualidad. Estaba tan bien, tan el de antes, tan distinto al Yacente de Mantegna que me había pintado la Monita, que dejé, contento, una carne a medio trincar en la mesa del Guarango y salí corriendo para alcanzarlo en la esquina de la 39 con la 88. Después del abrazo hasta me animé a decirle que lo de él era pura pereza de bajar al Centro a visitar a los amigos. Quién se atrevería a pensar que ese mediodía de sábado con cielo de Dubái iba a ser la última vez que lo vería. Pero como decía otro amigo muerto: la muerte no se puede leer.

La noche de nuestro reencuentro etílico, la Mona, en uno de los tantos bolsillos de su chaqueta beige, amén de la consabida juguetería, guardaba varias fotos de Chepe. Las sacó una a una y las fue poniendo entre las copas, ceremoniosa como una pitonisa con su mazo de cartas.

Llevábamos un buen rato juntos recordando cada uno por su lado, contándonos historias resabidas que volvían a nosotros iluminadas por los tragos y la muy humana necesidad de exhumar a los muertos con la lengua. Hablaba de los primeros tiempos del bar mientras me mostraba con el índice a un Trujillo de no más de cuarenta, parado en todo el centro de la foto bajo el marco de la puerta de una casa en el campo:

—Sin él este bar no existiría. Nos alcahuetaba como nadie, a Jose lo adoraba —decía la Mona y yo acercaba más la foto a la lámpara de mesa que Mágara nos arrimó a la barra sin tener que pedirselo.

—¿Y vos qué tenías en la mano, estas pelando una mandarina? —me río y la señalo, jovencita, con el pelo apenas hasta el cuello, coqueteándole a alguien o a algo que no aparece en la foto, con las manos a la altura del abdomen sosteniendo la presunta mandarina.

—Vos si preguntás pendejadas, yo qué putas me voy a acordar. Ese delantal que tiene puesto Jose, eso si es raro, ¿nos estaría haciendo el desayuno? Sin esa foto no lo cree nadie.

—Desagradecida, apuesto que te estaba haciendo un caldo. ¿Y dónde



quedaba la finca? ¿Esa era la del famoso caballo que se arrimaba a la mesa a comer de la mano del dueño? —pregunto y pienso en lo bueno que pasaron, no en el paseo, más bien en esas noches repetidas y distintas que solo conozco de oídas pero que se han vuelto palpables en cada una de sus historias, al punto de convencerme de que mi error fue llegar tarde a una fiesta inventada por ellos.

—Mentiras, Jose sí sabía cocinar, no como el que se cree el único capaz de fritar dos huevos y mueve las ollas y descresta, no, vos sabés como era Jose, dejaba hablar, dejaba que el otro... —y se interrumpió zampándose un aguadiente de esos que no caben en la copa y se toman por pura necesidad—. La finca, la finca de Ovejas, allá el caballo no solo se arrimaba a comer, no era sino que le pusieran Rigoletto y paraba las orejas, todo un conocedor.

—Ahora verá que fue el caballo el que les tomó la foto.

—Quién quita, seguro tenía mejor pulso que muchos de los que subían por allá, además la foto es... —Mona, ¿y esta otra? —no la dejo terminar, acerco a la luz una *polaroid* donde se ve a los dos amigos, Jose detrás con una camisa de cuadros azules, las mangas remangadas, el pelo más largo de lo habitual, abrazándola por la espalda, mirando fijo a la cámara. Ella con ojos inmensos, sonriendo, con la cabeza tirada hacia delante y la capul tapándole las cejas. No hay gestos desmedidos ni risa de poses, pero hay placidez en los rostros.

—¿Vas a decir que no sabés donde fue esta foto? Fijate bien.

Hago caso, miro las vigas, una pared de madera, de pronto un clóset, pero nada, no se me ocurre.

—Ni idea, te tocó decirme —le digo soltando la foto y agarrando la copa. —Pues aquí arriba, creo que por esa época Jose recién empezaba a vivir ahí. Claro, la mansarda encima del bar. Me pasan un par de noches por los ojos, fiestas que empezaron en la barra y terminaron en el patiecito de arriba, en sus cuarteles de invierno. Al poco tiempo de conocernos le dije por joder que vivir encaramado en un bar le daba un aspecto de Rick Blaine o de Carlitos Way, cantineros famosos que sin embargo nunca se probaron sirviendo tragos en el Medellín de los 90.

—Me acuerdo que la primera vez que subí casi dejo la cabeza en esa punta —le señalo a nadie la escalera en caracol, la Mona se entretiene dándole golpecitos a la copa con un extremo de la foto, está ahí pero en otro lado, en un lugar que es suyo por derecho propio: el de la vida que compartió con su amigo. Siento que sobre y no me molesto en avisarle que voy a fumar. Me levanto, termino mi trago y salgo a la puerta. Es viernes y el parque está lleno. Grupos de jóvenes le hacen corrillo a una botella, fuman, conversan, se dejan estar. Ya cumplieron, dirán, y lo que resta es tirar por la borda cuerpo y cabeza. En eso están ellos y en eso estoy yo.

Antes, tener que pararse de la barra o de la mesa para poder fumar era todo un suplicio, pero ahora, tiempo después de la ley, me parece de lo más

normal estar aquí, en la puerta, diciendo cosas sabidas al lado de otros fumadores... A todo se acostumbra uno, hasta mejor, no llegamos con la ropa pasada a humo y se fuma menos. Y así y así, reforzando el colejaje con verdades de a puño termino el cigarrillo.

El parque a reventar y en el bar espantan; como le gustaba a Jose, una o dos mesas a lo sumo, y si era posible, ocupadas por parejitas entretenidas en hablar pasito y besarse mientras las cervezas se iban calentando. Que lo dejaran a sus anchas en su barra, lejos de las alborotadas noches de fiesta. Por eso si uno quería conversar con el hombre lo mejor era aparecerse el domingo o el lunes, días de guayabos concertados en los que solo beben los zapateros y la gente muy seria, y él trabajaba o presidía desde la barra. Hoy hubiera sido una buena noche para acercarse, fiarle dos tragos, invitarlo a uno y ponerle tema; pienso y recuerdo que más o menos así lo conocí.

—¿Y la Mona? —le pregunto a Mágara, me siento otra vez y organizo a mi modo las fotos.

—Entró a la bodega, que la esperés y te tomés un trago mientras, que ella invita.

—¿En la bodega haciendo negocios? Mágara se ríe y me llena la copa. Suena una canción de los Rolling Stones, una de tantas de las que aquí se oyen; tan conocida, que hasta yo, todo un desconocedor, podría tarariarla. Pero estas fotos y esta noche precisarían de otra música y, sobre todo, de otro volumen. A Jose le gustaba más el bolero, el fado, el tango, la bossa nova, y cuando él estaba a cargo, eso era lo que se oía. Por la música, por el respeto que le inspiraba, lo vi enojarse y echar a una mesa completa.

La historia fue más o menos así. Por aquel entonces el bar andaba de capa caída y con la intención de levantarlo se le ocurrió invitar semanalmente a dos guitarristas, muy virtuosos por lo demás. Tocaban para pocos, pero se afanaban con el repertorio y la gente respondía hablando bajito, sin dejar de hacer sus cosas, pero atenta; algunos, entre ellos mi amigo, estaban ahí expresamente para oír a los músicos.

Cuando entré a buscar un taburete libre y a tomarme algo, el concierto ya había empezado. Jose, en un extremo de la barra, se concentraba en el ron y en los dedos de los guitarristas. Lo saludé y me senté a su lado. En una mesa cercana a los músicos y a nosotros, varias personas festejaban un cumpleaños dando cuenta a velocidad de gran borrachera de una botella de guaro. Risas, manoteos, brindis, todo a espaldas de la disposición y el ánimo del lugar. El hombre, que se había volteado un par de veces para hacerme partícipe de su indignación, no aguantó más, se paró, enfiló hacia los bullosos y muy cortésmente les dijo: “Se van”. Y ellos, entre bravos y sorprendidos, fueron saliendo, no sin antes hacernos saber que de mejores lugares los habían echado y cosas así.

Lo simpático vino después, cuando a Jose lo acometió la culpa y dedicó parte de la noche a reafirmar su gesto buscando apoyo moral: “¿Será que los traté

por JORGE IVÁN AGUDELO

Fotografías archivo El Guanábano

Para la Mona Uribe, amiga de sus amigos

mu mal?”, me preguntaba y se contestaba: “Pero es que estaban haciendo mucho escándalo y no dejaban oír nada”. “Hombre Jose —le decía yo después de acabado el concierto—, que prime el bien colectivo; mejor contame cómo te va pareciendo *El desfile del amor*”. Y a él, que no le iba pareciendo nada sino que ya le parecía, la pregunta destinada a abrir otro surco y despegarle la aguja, apenas si le arrancó un: “Pit es muy buen escritor, deberíamos leerlo más”. Eso fue todo, no se entusiasmó como otras veces cuando le dije que esa semana iba a ir a la biblioteca de Comfenalco a ver qué tenían del mexicano. Nunca le presté más libros del autor y la conversación sobre esa novela nos quedó pendiente.

De este lado solo yo y del otro Mágara mirando pal párama a falta de clientes que atender:

—Oíste, esto está vacío, será muy maluco si brincamos a Chico Buarque... —¿Cuál te pongo? —Las canciones en español, las que ponía Jose. —¡Faltaba más! ¿Otro ron? —Pues qué se le va a hacer —le digo, me tomo el último conchito y le estiro la copa.

Servido el trago, Mágara cambia la música y yo cojo otra vez las fotos. Las voy pasando hasta que llego a una que me llama la atención. Jose solo, haciendo carrizo en una silla azul de patas metálicas. Parece el corredor de una finca, las baldosas rojas son de las viejas y él lleva puestas unas botas empantanasadas. Ahí tenía mi edad, o hasta menos, en todo caso no pasaba de treinta y cinco. Seguro la foto fue tomada antes del bar o por la época en que recién empezaba. La imagen me conmueve, de pronto la juventud, o esa, digamos, abstraída seriedad. Encuentro en la postura, en el gesto que podría pasar por adusto, las señas particulares del amigo que conocí después; eso, y estar medio borracho en la barra donde tanto hablamos y bebimos, me obliga a frenar sentencias lastimeras sobre la fugacidad de la vida, lo poco que somos y lo solapado que es el cáncer.

Mejor dar un timonazo y rescatar de una vieja laguna la noche en que Jose, paternal y resignado, me oía moler unos versos de Blaise Cendrars: “No obstante, yo era un poeta muy malo. / No sabía llegar al fondo de las cosas. / Tenía hambre / Ya todos los días ya todas las mujeres en los cafés ya todas las copas”... Y yo, poeta malo con adolescencia dilatada, obligaba al pobre cantinero a soportar mi borrachera transiberiana. Al otro día, buscando en los bolsillos de la chaqueta con qué comprarme un Gatorade, me encontré una hoja con varios títulos en la caligrafía de mi amigo: *Llévame al fin del mundo, El plan de la aguja, Moravagine, El oro*. Así supe, horas después de que él me lo hubiera dicho, y en el tiempo en que creía saberlo todo, que Cendrars también había sido novelista. Esa semana volví al bar en otro estado y le di las gracias por las recomendaciones literarias.

Ahora que lo pienso, una de las cosas que más extraño de Jose, era su peculiar manera de leer. Una vez que lo vi con un *best seller* ochentero en la mano y le pedí explicaciones por su pecado, me dijo sin pararle muchas bolas a mi indignación juvenil: “Esa es la ventaja de ser un cantinero y no un intelectual, puede leer uno lo que quiere sin rendirle cuentas a nadie”. Nunca más volví a reprocharle sus deslices y seguí prestándole libros; cosas que me encargaba o que simplemente me gustaban y él leía o releía y comentábamos sin otra intención que la de gozar de un placer compartido. Así nos hicimos amigos, así lo recuerdo, conversando de literatura y de todo, oyendo su música, bebiendo en su barra.

Se acerca, inconfundible, la risita maliciosa de la Mona, pero al que veo salir primero de la bodega es al facultativo Hugo Caro. Lleva la camiseta azul cielo, la de los superhéroes, santo y seña que reconozco y me hace pensar que la fiesta que trae viene de ayer y tiene vida por delante. Antes de saludarlos, y como preparándome para lo que me espera, le señalo a Mágara mi copa y encarrilo bien todas las fotos. ☺



MUSEO D ANTIOQUIA

### Pedro Nel O EL MURALISMO MORALISMO

Entonces José María Bernal, alcalde para 1950, dijo: “Estas obras distraen la atención, quitan rendimiento a la faena. A la Alcaldía van todo tipo de personas: señoras, señoritas, niños, sacerdotes, y algunas de estas personas se sienten heridas con estas pinturas”. Y las mandó a tapar.

Que muy moderna y muy industrializada, pero eavemaría pa' mojigata: bastó con que Pedro Nel Gómez pintara unos desnudos y Medellín se escandalizó.

Ocurrió en las primeras décadas del siglo XX. La pequeña villa se había convertido en una prometedora ciudad y la Alcaldía lo celebró con la construcción del Palacio Municipal, un edificio que recogía con su diseño el espíritu de modernización de la época. Los murales que lo decoraron le fueron encargados a Pedro Nel, quien debió contar en ellos la historia, la riqueza y el despertar del pueblo a la vida política. Pero qué joda, porque tan textilera la ciudad y tan destapadas sus pinturas.

“Mejor sería que me hubiesen fusilado por la espalda”, respondió Pedro Nel, “Bernal ha cubierto Antioquia, porque los cuatro frescos representan, en su unidad, la vida de nuestro pueblo antioqueño”. Vida que se quedó tapada hasta 1958, cuando el alcalde Rafael Betancourt, en un indelicado acto con las señoras, señoritas, niños y sacerdotes, les quitó el tupido velo de años atrás.

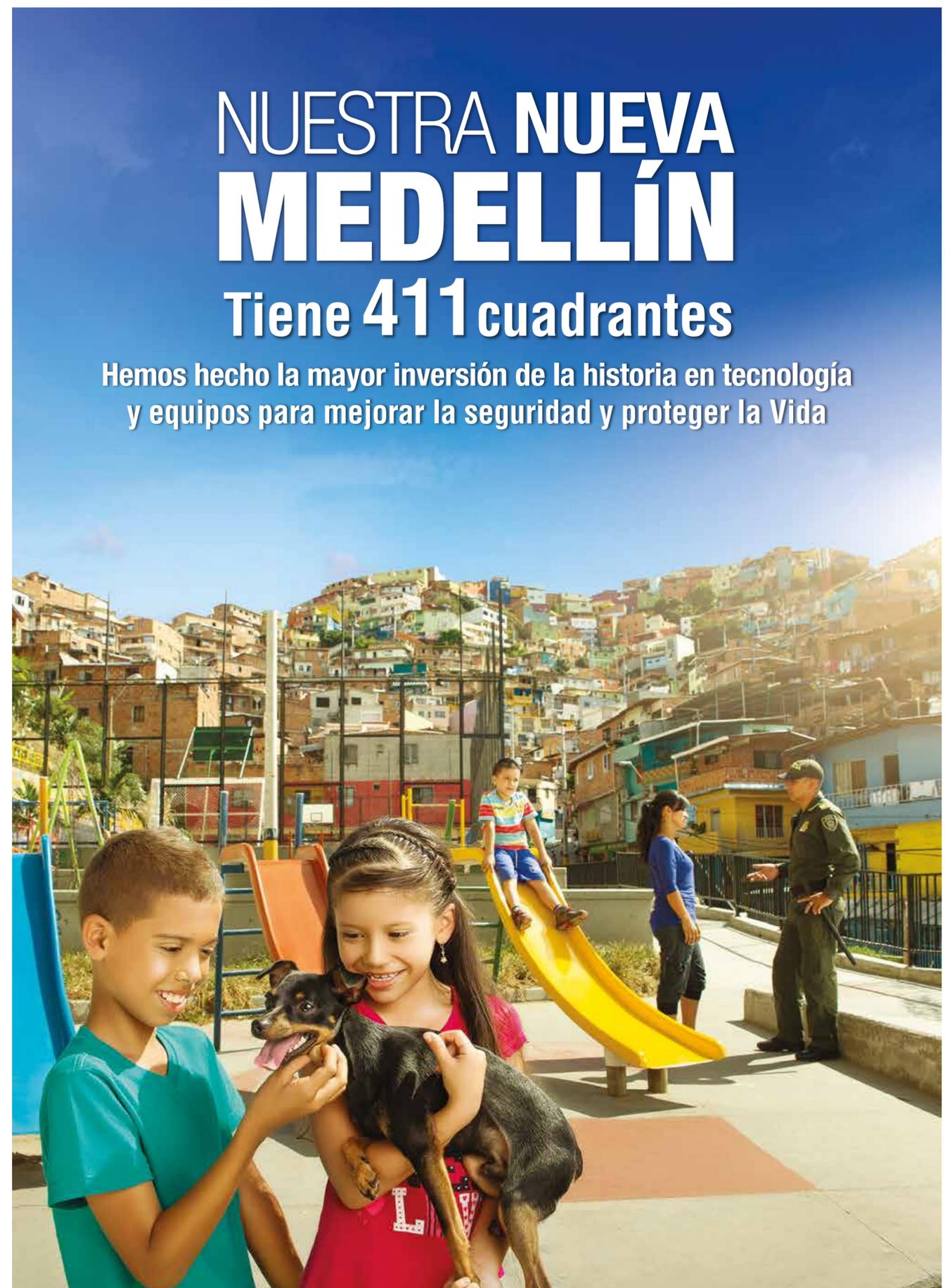
PE德罗 NEL GÓMEZ  
Las fuerzas migratorias de Antioquia, Ca. 1936. (Fragmentos)  
Colección: Museo de Antioquia

@museodantioquia  
www.museodeantioquia.co

Porque somos un grupo humano, respetar y promover los **Derechos Humanos** es parte de nuestra esencia.

Lady Martínez y Jacobo Vargas  
Obras principales,  
Proyecto Hidroeléctrico Ituango

Hidroeléctrica Ituango  
epm®



# NUESTRA NUEVA MEDELLÍN

## Tiene 411 cuadrantes

Hemos hecho la mayor inversión de la historia en tecnología  
y equipos para mejorar la seguridad y proteger la Vida



III Muestra de video y experimental  
de Medellín, Colombia e Internacional

11 al 16 Conferencias - Laboratorios - Retrospectivas  
de Mayo Lugar: Colombo Americano - MAMM - Teatro Lido



Medellín  
todos por la vida



# A UN METRO EL UNIVERSO

VEN EN METRO  
AL PLANETARIO Y A EXPLORA

Acceso directo desde la estación  
Universidad

[www.planetariomedellin.org](http://www.planetariomedellin.org)

SÍGUENOS:



planetariomed



planetariomed



@PlanetarioMed

Patrocina:



Medellín  
todos por la vida



Alcaldía de Medellín